



La Semana Santa y San Agustín

Recopilación de textos de San Agustín sobre la Pasión de Cristo

La Semana Santa y San Agustín

Recopilación de textos de San Agustín sobre la Pasión
de Cristo

Textos tomados de www.augustinus.it

Editado por
Oficina de comunicación Orden de Agustinos Recoletos



Índice

El significado de la pasión del Señor	4
Sermón 218	4
Sermón 218/A	9
Sermón 2018/C	10
La Pasión del Señor	13
Tratado 112 - Comentario a Jn 18,1-12	13
Tratado 113 - Comentario a Jn 18,13-27	17
Tratado 114 - Comentario a Jn 18,28-32	22
Tratado 115 - Comentario a Jn 18,33-40	26
Tratado 116 - Comentario a Jn 19,1-16	31
Tratado 117 - Comentario a Jn 19,17-22	36
Tratado 118 - Comentario a Jn 19,23-24	40
Tratado 119 - Comentario a Jn 19,24-30	45
El significado de la Pascua	49
Sermón 220	49
El día y la noche	51
Sermón 221	51

El significado de la pasión del Señor

Sermón 218

Con toda solemnidad se lee y se celebra la pasión de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, cuya sangre purgó nuestros delitos. El objetivo es que esta devota práctica anual renueve nuestra memoria y que, al acudir tanta gente, la proclamación de nuestra fe alcance mayor gloria. La solemnidad misma me exige que os dirija un sermón sobre la pasión del Señor, según él me lo conceda. En cuanto sufrió de parte de sus enemigos, nuestro Señor se dignó dejarnos un ejemplo de paciencia para nuestra salvación, útil para el decurso de esta vida, de manera que no rehusemos padecer lo mismo por la verdad del evangelio, si así él lo quisiere. Pero, como aun lo que sufrió en esta carne mortal lo sufrió libremente y no por necesidad, es justo creer que también quiso simbolizar algo en cada uno de los hechos que tuvieron lugar y quedaron escritos sobre su pasión.

En primer lugar, en el hecho de que, después de ser entregado para la crucifixión, llevó él mismo la cruz, nos dejó una muestra de continencia y, al ir él delante, indicó qué ha de hacer quien quiera seguirle. Idéntica exhortación la hizo también verbalmente cuando dijo: Quien me ame, que tome su cruz y me siga. Llevar la propia cruz equivale, en cierto modo, a gobernar la propia mortalidad.

El hecho de ser crucificado en el Calvario significó que en su pasión tuvo lugar el perdón de todos los pecados, de los que dice el salmo: Mis maldades se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza.

Con él fueron crucificados, uno a cada lado, dos hombres. Con ello mostró que a unos los tendrá a su derecha y a otros a su izquierda. Estarán a su derecha aquellos de quienes se dice: Dichosos los que sufren persecución por causa de la

justicia; a su izquierda, en cambio, aquellos de quienes se dice: Aunque entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.

El rótulo puesto sobre la cruz, en el que estaba escrito: Rey de los judíos, puso de manifiesto que ni siquiera procurándole la muerte pudieron conseguir los judíos que no fuera su rey quien con la más palmaria y sublime potestad dará a cada uno lo que merezcan sus obras. Por esta razón se canta en el salmo: Él me constituyó rey sobre Sión, su monte santo.

El que el rótulo estuviese escrito en tres lenguas: hebreo, griego y latín, indicaba que iba a reinar no sólo sobre los judíos, sino también sobre los gentiles. Por eso, después de haber dicho en el mismo salmo: Él me constituyó rey sobre Sión, su monte santo, es decir, donde reinó la lengua hebrea, añade a continuación, como refiriéndose a la griega y a la latina: El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy; pídemelo, y te daré los pueblos en herencia, y los confines de la tierra como tu posesión. No porque el griego y el latín sean las únicas lenguas habladas por los gentiles, sino porque son las que más destacan; la griega, por cultura literaria, y la latina, por el Imperio Romano. La mención de estas tres lenguas manifestaba que la totalidad de los gentiles se sometería a Cristo; no obstante ello, en el rótulo no se añadió: «Rey de los gentiles», sino que se escribió sólo: Rey de los judíos, para que la fórmula precisa revelase el origen de la raza cristiana. Como está escrito: La ley salió de Sión, y la palabra del Señor, de Jerusalén. ¿Quiénes son, en efecto, los que dicen en el salmo: Nos sometió a los pueblos y puso a los gentiles bajo nuestros pies, sino aquellos de quienes dice el Apóstol: Si los gentiles participaron de sus bienes espirituales, deben servirles con sus bienes materiales? ¿Acaso no vemos que los pueblos están sometidos a la excelentísima gracia anunciada por los apóstoles? ¿O debemos mirar a las ramas desgajada, las que hoy reciben el nombre de judíos? ¿No debemos oír más bien a aquel israelita, descendiente de Abrahán, convertido de Saúl (Saulo) en Pablo (Paulo) y, por tanto, de pequeño en grande, que amonesta y dice al acebuche injertado: «Date cuenta que no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz quien te sostiene a ti»? Así, pues, el rey de los judíos es Cristo, bajo cuyo yugo ligero han sido enviados también a la salvación los gentiles. Que se les haya concedido a ellos es fruto de una mayor misericordia, como lo revela claramente el Apóstol mismo allí donde dice: Pues afirmo que Cristo se puso al servicio de los circuncisos en pro de la veracidad de Dios, para dar cumplimiento a las promesas hechas a los padres, y que los gentiles glorifican a Dios por su misericordia. No tenía ninguna obligación de quitar el pan a los hijos para dárselo a los perros, si los perros, humillados para apañar las migas que caen de la mesa de sus amos y

elevados y hechos hombres por la humildad misma, no hubieran merecido tener acceso a la mesa.

Los príncipes de los judíos sugirieron a Pilato que en ningún modo escribiera que él era el rey de los judíos, sino que decía serlo; pero él respondió: Lo escrito, escrito está. Como los judíos simbolizaban las ramas desgajadas, así Pilato simbolizaba al acebuche injertado, puesto que era un gentil quien escribía la confesión de los gentiles, dejando convictos de su rechazo a los judíos, de quienes con razón dijo el Señor: Se os quitará a vosotros el reino y se le entregará a un pueblo que cumpla la justicia. Pero no por eso deja de ser rey de los judíos. Es la raíz la que sostiene el acebuche, no el acebuche a la raíz. Y, aunque la infidelidad haya desgajado aquellas ramas, no por ello repudió Dios a su pueblo, al que conoció de antemano. Pues también yo soy israelita -dice el Apóstol-. Aunque los hijos del reino que no quisieron que el Hijo de Dios fuera su rey vayan a parar a las tinieblas exteriores, vendrán muchos de oriente y de occidente y se sentarán a la mesa, no con Platón y Cicerón, sino con Abrahán, Isaac y Jacob, en el reino de Dios. Pilato, en efecto, escribió: Rey de los judíos, no «Rey de los griegos» o «Rey de los latinos», aunque iba a reinar sobre los gentiles. Y lo que mandó escribir quedó escrito, sin que la sugerencia de los incrédulos lograra cambiar lo que tanto tiempo antes estaba predicho en el salmo: No modifiques la inscripción del rótulo. Todos los pueblos creen en el rey de los judíos; él reina sobre todos los gentiles, pero es solamente rey de los judíos. Tanto vigor tuvo aquella raíz, que ella misma puede cambiar en olivo al acebuche injertado, mientras que el acebuche no puede eliminar el nombre del olivo.

Los soldados le despojaron de sus vestiduras después de haber constituido cuatro lotes que simbolizaron a sus sacramentos que iban a extenderse por las cuatro partes del orbe.

El hecho de que, en vez de partirla, sortearan la única túnica, inconsútil, demuestra con suficiencia que los sacramentos visibles, aunque también ellos son vestimenta de Cristo, puede tenerlos quienquiera, independientemente de que sea bueno o malo; en cambio, la fe pura, que obra la perfección de la unidad mediante la caridad -caridad derramada desde lo alto en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado-, no pertenece a quienquiera, sino a quien le sea donada como en suerte por una misteriosa gracia de Dios. Por eso dijo

Pedro a Simón, que estaba en posesión del bautismo, pero no de la fe: No tienes lote ni parte en esta fe.

El que, habiendo reconocido a su madre desde la cruz (Jesucristo), la encomendara al cuidado de su discípulo amado es una manifestación adecuada de su afecto humano en el momento en que moría como hombre. Esta hora aún no había llegado cuando, a punto de convertir el agua en vino, en su condición de Dios dijo a su misma madre: ¿Qué nos va a ti y a mí, mujer? Aún no ha llegado mi hora. No había recibido de María lo que tenía en cuanto Dios, como había recibido de ella lo que pendía de la cruz.

Con las palabras tengo sed reclama la fe de los suyos. Pero como vino a su propia casa y los suyos no le recibieron, en lugar de la suavidad de la fe, le dieron el vinagre de la infidelidad, precisamente en una esponja. Hay motivos para compararlos con la esponja, pues no son macizos, sino que están hinchados; en vez de estar abiertos con libre acceso a la profesión de la fe, están llenos de escondrijos, de los tortuosos recodos de las insidias. Además, aquella bebida tenía también el hisopo, hierba humilde de la que se dice que, mediante su poderosísima raíz, se adhiere a las piedras. Había en aquel pueblo gente para la que se mantenía tal crimen a fin de que humillase su alma, arrepintiéndose y renegando de lo hecho. Bien los conocía quien recibía el hisopo junto con el vinagre. También por ellos oró, según testimonio de otro evangelista, cuando dijo desde la cruz: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.

Con las palabras: Todo está consumado, e, inclinada la cabeza, entregó su espíritu, mostró que su muerte no era fruto de necesidad, sino de libertad, al esperar a morir cuando se había cumplido todo lo profetizado sobre él, puesto que también estaba escrito: Y en mi sed me dieron a beber vinagre. Todo lo hizo como quien tiene poder para entregar su vida, según él mismo había afirmado. Y entregó el Espíritu por humildad, esto es, con la cabeza inclinada, él que iba a recibirlo con la cabeza erguida, una vez resucitado. Que esta muerte e inclinación de cabeza era prueba de un gran poder ya lo había predicho el patriarca Jacob, al bendecir a Judá, con estas palabras: Te elevaste estando acostado; dormiste como un león. La elevación simboliza la cruz; el estar acostado, el reclinar la cabeza; la dormición, la muerte, y el león, el poder.

El mismo evangelio indicó por qué a aquellos dos se les quebraron las piernas, y a él no, porque estaba muerto. En efecto, convenía manifestar también, median-

te este hecho, que la pascua de los judíos se había instituido como profecía suya; estaba mandado que en ella no se rompiese ningún hueso del cordero.

De su costado, traspasado por la lanza, brotó sangre y agua hasta llegar a la tierra. En ello, sin duda alguna, hay que ver los sacramentos, que constituyen la Iglesia, semejante a Eva, que fue formada del costado de Adán, figura del Adán futuro, mientras él dormía.

José y Nicodemo le dieron sepultura. Según algunos que han averiguado la etimología del nombre, José significa «aumentado». En cuanto a Nicodemo, nombre griego, son muchos los que saben que está compuesto de los términos «victoria» y «pueblo», puesto que nikos significa victoria y demos pueblo. ¿Quién fue aumentado al morir sino quien dijo: Si el grano de trigo no muere, se queda él solo; si, en cambio, muere, se multiplica? ¿Y quién al morir venció al pueblo que lo perseguía sino quien, después de resucitar, será su juez?

Sermón 218/A

Si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con mayor razón, una vez reconciliados, seremos salvados en su vida. Así, pues, Cristo murió por los pecadores. Y Cristo es Dios. ¿Cómo no va a reinar el que sea encontrado justo en la vida de Dios, si, cuando era pecador, fue buscado con la muerte de Dios para que no pereciese? Seremos salvados en la vida de Dios, puesto que en la nuestra habíamos perecido. Pero, al oír hablar de la vida y de la muerte de Dios, distingamos de cuál se trata y de dónde le llega. La vida nos la aportó él a nosotros; la muerte, en cambio, la recibió él de nosotros; no porque él la mereciese, sino en beneficio nuestro.

Contra lo que algunos piensan, no es el cuerpo el hombre viejo, y el alma el nuevo; el cuerpo es, eso sí, el hombre exterior, y el alma, el interior. Esta vetustez y novedad de que hablamos se encuentra en el hombre interior. Cuando el Apóstol decía: Despojaos del hombre viejo y revestíos del nuevo, no mandaba despojarse del cuerpo, sino cambiar a una vida más santa. Esto lo enseñó luego a continuación, pues queriendo explicar sus palabras, dijo: Por lo cual, repudiando la mentira, que cada cual hable la verdad con su prójimo.

Sermón 218/C

La pasión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es para nosotros un ejemplo de paciencia, a la vez que confianza de alcanzar la gloria. ¿Qué cosa no pueden esperar de la gracia de Dios los corazones de los fieles? Por bien de ellos, el Hijo único de Dios y coeterno con el Padre consideró poco el nacer como hombre de hombre, pues hasta sufrió la muerte de manos de quienes fueron creados por él. Gran cosa es lo que el Señor promete realizar en el futuro, pero mucho mayor es lo que recordamos ya hecho por nosotros. ¿Dónde estaban o qué eran ellos cuando Cristo murió por los impíos? ¿Quién duda de que él ha de donar su vida a los santos, si les regaló incluso su muerte? ¿Por qué vacila la fragilidad humana a la hora de creer que será una realidad que los hombres vivan algún día en compañía de Dios? Mucho más increíble es lo que ya ha tenido lugar: Dios ha muerto por los hombres. ¿Quién es Cristo sino la Palabra que existía en el principio, la Palabra que existía junto a Dios y la Palabra que era Dios? Esta Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. No hubiera tenido en sí mismo dónde morir por nosotros si no hubiese tomado nuestra carne mortal. De esta manera el inmortal pudo morir y donar la vida a los mortales: haciendo partícipes de sí mismo en el futuro a aquellos de quienes él se había hecho partícipe antes.

Pues ni nosotros teníamos en nuestro ser de dónde conseguir la vida ni él en el suyo en dónde sufrir la muerte. Realizó, pues, con nosotros un admirable comercio sobre la base de una mutua participación: era nuestro lo que le posibilitó morir, será suyo lo que nos posibilite vivir. Pero la carne que tomó de nosotros para morir, él mismo la dio, puesto que es el creador; en cambio, la vida, gracias a la cual viviremos en él y con él, no la recibió de nosotros. En consecuencia, si consideramos nuestra naturaleza por la que somos hombres, no murió en algo suyo, sino en algo nuestro, puesto que de ninguna manera puede morir en su naturaleza propia por la que es Dios. Si, en cambio, consideramos que es criatura

suya, que él la hizo en cuanto Dios, murió también en algo suyo, puesto que él es autor también de la carne en que murió.

Así, pues, no sólo no debemos avergonzarnos de la muerte del Señor, nuestro Dios, sino más bien poner en ella toda nuestra confianza y nuestra gloria. En efecto, recibiendo de nosotros la muerte que encontró en nosotros, hizo una promesa totalmente fidedigna de que nos ha de dar en él la vida que no podemos obtener de nosotros. Quien nos amó tanto que, sin tener pecado, sufrió lo que los pecadores merecimos por el pecado, ¿cómo no va a darnos lo que da a los justos él que nos justifica? ¿Cómo no va a cumplir su promesa quien promete sinceramente dar el galardón a los santos, él que, sin cometer maldad alguna, sufrió el castigo que merecían los malvados? Sin temor alguno, confesemos, o más bien profesemos, hermanos, que Cristo fue crucificado por nosotros; digámoslo llenos de gozo, no de temor; cubiertos de gloria, no de bochorno. Lo vio el apóstol Pablo y lo recomendó como título de gloria. Muchas obras grandiosas y divinas podía mencionar en relación con Cristo; no obstante, no dijo que se gloriaba en las maravillas obradas por él, que, siendo Dios junto al Padre, creó el mundo, y, siendo hombre como nosotros, dio órdenes al mundo, sino: Lejos de mí el gloriarme a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Veía por quiénes, quién y de dónde había pendido, y presumía de tan grande humildad de Dios y de la divina excelsitud. Esto el Apóstol.

Ahora bien, quienes nos insultan porque adoramos al Señor crucificado, cuanto más piensan que saben, tanto más irremediablemente han perdido la razón y no entienden en absoluto lo que creemos o decimos. En efecto, nosotros no decimos que murió en Cristo su ser divino, sino su ser humano. Si, por ejemplo, cuando muere un hombre cualquiera no sufre la muerte, en compañía del cuerpo, aquello que ante todo le constituye como hombre, es decir, lo que le distingue de las bestias, lo que faculta el entender, lo que discierne entre lo divino y lo humano, lo temporal y lo eterno, lo falso y lo verdadero, en definitiva, el alma racional, sino que, muerto el cuerpo, ella se separa con vida y, no obstante, se dice: «Ha muerto un hombre», ¿por qué no decir también: «Murió Dios», sin entender por ello que pudo morir el ser divino, sino la parte mortal que había asumido en favor de los mortales? Cuando muere un hombre, no muere su alma que mora en la carne; de idéntica manera, cuando murió Cristo, no murió su divinidad presente en el hombre. «Pero -dicen- Dios no pudo mezclarse con el hombre y hacerse, juntamente con él, el único Cristo». Según este modo de pensar carnal y vano y las opiniones humanas, más difícil debería sernos el creer en la posibilidad de la mezcla entre el espíritu y la carne que entre Dios y el hom-

bre, y, a pesar de todo, ningún hombre sería hombre si el espíritu del hombre no estuviese mezclado a un cuerpo humano. ¡Cuánto más difícil y extraña no será la mezcla entre espíritu y cuerpo que entre espíritu y espíritu! Si, pues, para constituir un hombre se han mezclado el espíritu del hombre, que no es cuerpo, y el cuerpo del hombre, que no es espíritu, Dios, que es espíritu, ¿no pudo, con mucha más razón, mezclarse, gracias a una participación espiritual, no ya a un cuerpo desvinculado del espíritu, sino a un hombre poseedor de espíritu, para constituir a partir de ambos un único Cristo?

Gloriémonos, pues, también nosotros en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para nosotros y nosotros para el mundo. Cruz que hemos colocado en la misma frente, es decir, en la sede del pudor, para que no nos avergoncemos. Y si nos esforzamos por explicar cuál es la enseñanza de paciencia contenida en esta cruz o cuán saludable es, ¿encontraremos palabras adecuadas a los contenidos o tiempo adecuado a las palabras? ¿Qué hombre que crea con toda verdad e intensidad en Cristo se atreverá a enorgullecerse, cuando es Dios quien enseña la humildad no sólo de palabra, sino también con su ejemplo? La utilidad de esta enseñanza la recuerda en pocas palabras aquella frase de la Sagrada Escritura: Antes de la caída se exalta el corazón y antes de la gloria se humilla. Es la misma música que suena en estas otras palabras: Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes y en estas otras: Quien se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado. Por consiguiente, ante la exhortación del Apóstol a que no seamos altivos, sino que nos acomodemos a los humildes, el hombre ha de pensar, si le es posible, a qué gran precipicio es empujado si no se conforma a la humildad de Dios y cuán pernicioso es que el hombre encuentre dificultad en soportar lo que quiera el Dios justo, si Dios sufrió pacientemente lo que quiso el injusto enemigo.

La pasión del Señor

Tratado 112

Comentario a Jn 18,1-12

Terminado el importante y largo discurso que el Señor, próximo a derramar por nosotros la sangre, tras la cena pronunció ante los discípulos que entonces estaban con él, añadida la oración que dirigió al Padre, sin interrupción comenzó así el evangelista Juan la pasión de aquél: Tras haber dicho estas cosas Jesús, salió con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón donde había un huerto al que entró él mismo y sus discípulos. Por su parte, también Judas, el que lo entregaba, conocía el lugar, porque allí se había reunido frecuentemente Jesús con sus discípulos. Esto que narra, que el Señor entró al huerto con sus discípulos, no sucedió inmediatamente después de haberse acabado esa oración suya respecto a cuyas palabras asevera: «Tras haber dicho estas cosas Jesús», sino que se intercalaron ciertas cosas que, omitidas por ese evangelista, se leen en los otros, como en éste se hallan muchas que éstos callaron similarmente en su narración. Pues bien, cualquiera que desea saber cómo todos concuerdan entre sí y cómo uno no está en desacuerdo con la verdad que se expresa mediante otro, búsquelo no en estos sermones, sino en otros escritos laboriosos, y estúdielos a fondo no en pie y oyendo, sino, más bien, estando sentado y leyendo o prestando oído y mente atentísimos a quien lee. Sin embargo, antes de saberlo —ya sea que aun en esta vida pueda saberlo, ya sea que no pueda a causa de algunos impedimentos—, crea que ningún evangelista, por lo que atañe a estos que la Iglesia recibe como autoridad canónica, ha redactado nada que pueda ser contrario a su propia narración o a la de otro, no menos veraz ella.

Así pues, veamos ahora la narración de este bienaventurado Juan según hemos emprendido exponerla: sin la comparación de los otros; sin detenernos en eso que es evidente, para hacerlo donde es necesario por reclamarlo el asunto. Lo que, pues, asevera: Tras haber dicho estas cosas Jesús, salió con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón donde había un huerto al que entró él mismo y sus

discípulos, no lo comprendamos cual si inmediatamente tras aquellas palabras hubiere entrado a ese huerto; sino que lo que está dicho: Tras haber dicho estas cosas Jesús, contribuya a esto: a que no opinemos que él entró antes de acabar esas palabras.

Se sirve del mal para conseguir un bien

Afirma: También Judas, el que lo entregaba, conocía el lugar. El orden de las palabras es: El que lo entregaba conocía el lugar porque, afirma, allí se había reunido frecuentemente Jesús con sus discípulos. Allí, pues, el lobo, oculto en piel ovina y tolerado entre las ovejas por profundo designio del padre de familia, aprendió dónde dispersar por un tiempo al exiguo rebaño, intentando coger con insidias al Pastor. Afirma: Judas, pues, tras haber recibido la cohorte y agentes de parte de los jefes y de los fariseos, llega allí con faroles y antorchas y armas. La cohorte fue no de judíos, sino de soldados. Así pues, entiéndase recibida del gobernador cual para coger a un reo, guardado el orden de la potestad legítima, de modo que nadie osase enfrentarse a quienes lo cogieran, aunque se había congregado tan gran tropa y venía armada de forma que aterrorizase o incluso se opusiera, si alguien osaba defender a Cristo. Por cierto, su potestad se escondía y su debilidad se ponía delante, de forma que a los enemigos parecieran necesarias estas cosas contra ese contra el que nada hubiera sido eficaz, sino lo que hubiese querido ese mismo, ya que, el bueno, usaba bien el mal y del mal hacía el bien para hacer de los malos buenos y discernir de los malos a los buenos.

Le buscaban para darle muerte y él nos buscaba con su muerte

Así pues, como el evangelista añade al seguir: Jesús, sabedor de todo lo que iba a venir sobre él, se adelantó y les dijo: «¿A quién buscáis?». Le respondieron: «A Jesús el Nazareno». Jesús les dice: «Yo soy». Por su parte, también estaba con esos mismos Judas, quien lo entregaba. Cuando, pues, les dijo «Yo soy», se retiraron hacia atrás y cayeron a tierra. ¿Dónde están ahora la cohorte de soldados y los agentes de los jefes y de los fariseos? ¿Dónde el terror y protección de las armas? Como es notorio, la sola voz de quien dice «Yo soy», sin dardo alguno, ha golpeado, rechazado, abatido a tan gran turba, feroz de odios y terrible por las armas. En efecto, Dios se escondía en la carne y los miembros humanos ocultaban el Día sempiterno, de forma que para matarlo lo buscaban con antorchas y armas las tinieblas. «Yo soy», dice, y derriba a los impíos. ¿Qué hará al ir a juzgar, quien al ir a ser juzgado hizo esto? ¿Qué podrá al ir a reinar, quien al ir a morir pudo esto? Mediante el Evangelio, también ahora dice por doquier Cristo «Yo

soy»; mas los judíos aguardan al anticristo aunque retrocedan y caigan a tierra porque, tras abandonar lo celeste, desean lo terreno.

Ciertamente, los perseguidores vinieron con el traidor para apoderarse de Jesús, hallaron a quien buscaban, oyeron «Yo soy»; ¿por qué en vez de apoderarse de él se retiraron hacia atrás y cayeron, sino porque quiso esto quien pudo cualquier cosa que quiso? En verdad, si nunca permitiera que lo prendiesen, sin duda no harían ellos eso por lo que habían venido, pero tampoco él mismo haría eso por lo que había venido. En efecto, para matarlo lo buscaban ellos, ensañándose, pero nos buscaba también él, muriendo. Por ende, porque ha mostrado su potestad a quienes querían cogerlo, mas no pudieron, cójanlo ya, para que mediante quienes le desconocen haga su voluntad.

De nuevo, pues, los interrogó: «¿A quién buscáis»? Por su parte, ellos dijeron: «A Jesús el Nazareno». Jesús respondió: «Os dije que yo soy. Si, pues, me buscáis a mí, dejad que éstos se vayan», para que se cumpliera la palabra que dijo: que no perdí a ninguno de esos mismos que me has dado. Afirma: Si me buscáis a mí, dejad que éstos se vayan. Ve a los enemigos y hacen esto que manda: dejan que se vayan esos respecto a quienes no quiere que perezcan. Ahora bien, ¿acaso no iban a morir después? ¿Por qué, pues, si morían entonces los perdería, sino porque aún no creían en él como creen cualesquiera que no perecen?

Misterios ocultos en el prendimiento de Jesús

Simón Pedro, pues, quien tenía una espada, la sacó y golpeó al esclavo del jefe de los sacerdotes y cortó su oreja derecha. Por su parte, el esclavo tenía por nombre Malco. Sólo este evangelista ha expresado también el nombre de este esclavo, como solo Lucas ha expresado que el Señor había tocado su oreja y lo había sanado. Pues bien, Malco se traduce «quien va a reinar». ¿Qué, pues, significa la oreja amputada en favor del Señor y sanada por el Señor, sino que, amputada la vetustez, el oído ha sido renovado para existir en la novedad del Espíritu y no en la vetustez de la letra? ¿Quién dudará que con Cristo iba a reinar ese a quien Cristo hubiere procurado esto? Por otra parte, a esa vetustez que engendra para la servidumbre, lo cual es Agar, se refiere también esto: que se hallase un esclavo. Pero, cuando sobrevino la sanidad, quedó figurada también la libertad. Sin embargo, el Señor desaprobó el hecho de Pedro y, al decir: «Mete la espada en la vaina. El cáliz que el Padre me ha dado ¿no lo beberé?», le prohibió avanzar más lejos, pues el discípulo quiso defender con su hecho al maestro, no pensó en lo que había de significarse. Por tanto, él hubo de ser exhortado a la paciencia y

esto hubo de ser redactado para inteligencia. Por otra parte, lo que dice, que el Padre le ha dado el cáliz de la pasión, en realidad es lo que asevera el Apóstol: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El cual no tuvo miramiento con el propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. Autor de este cáliz es en verdad también ese mismo que lo bebe. Por ende, idéntico apóstol dice también: El Mesías nos quiso y por nosotros entregó a Dios una oblación y una víctima para olor suave, su propia persona.

Ellos encadenan a Jesús, él los libera

Por su parte, la cohorte y el tribuno y los agentes de los judíos se apoderaron de Jesús y lo ataron. Se apoderaron de ese a quien no se acercaron porque él es el Día y ellos, en cambio, continuaron siendo tinieblas y no escucharon: Acercaos a él y sois iluminados. En efecto, si se acercasen así, se apoderarían de él no con las manos para matarlo, sino con el corazón para acogerlo. Cuando, en cambio, ahora se apoderaron de él de ese modo, entonces se retiraron de él más lejos y ataron a ese por quien, más bien, debieron querer ser desatados. Mas entre esos estaban tal vez quienes entonces impusieron sus ataduras a Cristo y, liberados después por él, dijeron: Destrozaste mis ataduras. Por hoy baste con esto; lo que sigue se tratará, si Dios quiere, en otro sermón.

Tratado 113

Comentario a Jn 18,1-12

Jesús, conducido a casa de Anás

1. Después que, una vez que Judas lo traicionó, los perseguidores ataron al Señor, de quien se habían apoderado, el cual nos quiso y por nosotros se entregó a sí mismo y hacia quien el Padre no tuvo miramiento —entiéndase que Judas es no loable por la utilidad de esta traición, sino condenable por la intención criminal—, primeramente lo llevaron, como narra Juan Evangelista, ante Anás. Y no silencia la causa de por qué sucedió así: Pues, afirma, era suegro de Caifás, el cual era pontífice del año aquel. Por su parte, afirma, Caifás era quien a los judíos dio el consejo de que conviene que un único hombre muera por el pueblo. Y Mateo, pues quería narrar más brevemente esto, con razón menciona que fue conducido ante Caifás, porque antes fue conducido también ante Anás precisamente porque era su suegro, en lo cual ha de entenderse que el mismo Caifás quiso que se hiciera esto.

Negar a Cristo

Afirma: Pues bien, seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Quién es ese discípulo no ha de afirmarse temerariamente, pues se silencia. Ahora bien, Juan suele así aludir a sí mismo y añadir: A quien quería Jesús. Tal vez, pues, también éste es él en persona; sea empero quien sea, veamos lo siguiente. Por su parte, afirma, ese discípulo era conocido del pontífice y entró con Jesús en el atrio del pontífice; Pedro, en cambio, se mantenía fuera, a la puerta. Salió, pues, el otro discípulo, el que era conocido del pontífice, y habló a la portera e introdujo a Pedro. Dice, pues, a Pedro la criada portera: «Acaso también tú eres de los discípulos de ese hombre?». Dice él: «No soy». He ahí que la columna firmísima se estremeció entera al impulso de un solo sople ligero. ¿Dónde está aquella auda-

cia de quien prometía y de sí muchísimo presumía? ¿Dónde están las palabras aquellas, cuando preguntó: ¿Por qué no puedo seguirte ahora mismo? Mi vida depondré por ti. ¿Esto es seguir al maestro: negar que uno es discípulo? ¿Así se depone por el Señor la vida, de forma que, para que esto no suceda, se teme la voz de una criada? Pero ¿qué tiene de extraño que Dios haya predicho verdades y, en cambio, el hombre haya presumido de falsedades?

En esa negación del apóstol Pedro, la cual ha comenzado ya, debemos advertir bien que niega a Cristo no sólo quien dice que éste no es Cristo, sino también quien, aunque es cristiano, niega serlo. En efecto, el Señor asevera a Pedro no «negarás que tú eres discípulo mío», sino: Me negarás. Lo negó pues, a él en persona cuando negó ser su discípulo. Ahora bien, de este modo ¿qué otra cosa negó, sino que era cristiano? En efecto, aunque a los discípulos de Cristo no se los nominaba aún con este nombre, pues tras su ascensión comenzaron en Antioquía a ser nominados cristianos los discípulos, sin embargo, existía ya la realidad misma que después había de designarse con ese vocablo, existían ya los discípulos a quienes después se nominó cristianos y también a los sucesores han transmitido igual que la fe común este nombre común. Quien, pues, negó ser discípulo de Cristo, negó esa realidad misma cuyo nombre es ser llamado cristiano. Después ¡cuán numerosos, no digo ancianos y ancianas en los que la saciedad de esta vida pudo despreciar más fácilmente la muerte por la confesión de Cristo, ni sólo la juventud de uno y otro sexo, edad a la que parece conveniente que se exija fortaleza, sino también niños y niñas, pudieron —y una innumerable sociedad de santos mártires entró valerosa y violentamente al reino de los cielos— lo que entonces no pudo este que recibió las llaves de ese reino! He ahí por qué, cuando se entregó por nosotros quien con su sangre nos redimió, ha quedado dicho: «Dejad que éstos se vayan»: para que se cumpliera la palabra que dijo, que de esos que me has dado no perdí a ninguno. En efecto, si, tras negar a Cristo, Pedro se iba de aquí, ¿qué otra cosa sucedería, evidentemente, sino que perecería?

Yo he hablado abiertamente

Por su parte, los esclavos y los agentes se mantenían junto a las brasas porque hacía frío, y se calentaban. No era invierno, pero en todo caso hacía frío, lo cual suele también ocurrir a veces en el equinoccio de primavera. Por su parte, también Pedro estaba con ellos parado y calentándose. El pontífice, pues, interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y acerca de su doctrina. Jesús le respondió: «Yo he hablado abiertamente al mundo; yo siempre enseñé en la sinagoga y en el tem-

plo, adonde todos los judíos acuden, y nada he hablado en secreto; ¿por qué me interrogas a mí? Interroga a esos que han oído de qué he hablado a esos mismos; he ahí que éstos saben lo que he dicho yo».

Surge una cuestión que no ha de ser pasada por alto: cómo el Señor Jesús ha dicho: «Yo he hablado abiertamente al mundo», y máxime lo que asevera: Nada he hablado en secreto. ¿Acaso en este recentísimo discurso mismo que tras la cena dirigió a los discípulos no les ha aseverado: De estas cosas os he hablado en parábolas; viene una hora cuando ya no os hablaré en parábolas, sino que abiertamente os informaré sobre mi Padre? Si, pues, a esos mismos discípulos suyos más unidos a él no les hablaba abiertamente, sino que prometía una hora cuando iba a hablarles abiertamente, ¿cómo ha hablado abiertamente al mundo? Además, es evidente que, como testifica también la autoridad de los otros evangelistas, en comparación con los que no eran discípulos suyos hablaba mucho más manifiestamente a esos mismos suyos, cuando con ellos solos estaba apartado de las turbas, pues incluso les explicaba las parábolas que a los otros presentaba cerradas. ¿Qué significa, pues: Nada he hablado en secreto?

Pero ha de entenderse que él ha dicho: «He hablado abiertamente al mundo», como si hubiese dicho: «Muchos me han oído». Ahora bien, este mismo «abiertamente» era «abiertamente» en cierto modo; en cambio, en cierto modo no era «abiertamente». En efecto era «abiertamente» porque muchos oían y, a la inversa, no era «abiertamente» porque no entendían. Y tampoco hablaba en secreto de eso de que a los discípulos hablaba aparte. En efecto, pues está escrito: «Toda palabra se mantendrá gracias a la boca de dos o tres testigos»¹⁶, ¿quién que habla ante tantos hombres habla en secreto, sobre todo si a pocos habla de esto que quiere que mediante ellos se dé a conocer a muchos, como el Señor mismo les asevera a los pocos que aún tenía: Decid a la luz lo que os digo en las tinieblas, y predicad sobre los tejados lo que oís al oído? Aun esto mismo, pues, que parecía ser dicho ocultamente por él, en cierto modo no se decía en secreto, porque no se decía de forma que lo silenciasen esos a quienes había sido dicho, sino, más bien, de forma que lo predicasen en todo lugar. Algo, pues, puede decirse a la vez abiertamente y no abiertamente o a la vez en secreto y no en secreto, igual que está dicho: Para que, aun viendo, vean y no vean¹⁸. En efecto, ¿cómo «vean», sino porque abiertamente, no en secreto, y cómo, a la inversa, exactamente esos mismos «no vean», sino porque no abiertamente, sino en secreto? Sin embargo, eso mismo que habían oído, mas no entendido, era tal que no podía ser acusado justa y verazmente, y cuantas veces lo pusieron a prueba interrogándolo para hallar de qué acusarlo, les respondió de forma que se embotaban todos sus dolos

y se frustraban todas sus intrigas. Por eso decía: ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a esos que han oído de qué he hablado a esos mismos; he ahí que éstos saben lo que he dicho yo.

¿Presentó Jesús la otra mejilla?

Pues bien, tras haber dicho esto, uno de los agentes que allí estaba dio a Jesús una bofetada mientras decía: «¿Así respondes al pontífice?» Le respondió Jesús: «Si he hablado mal, aduce la prueba respecto al mal; si, en cambio, he hablado bien, ¿por qué me pegas?» ¿Qué más verdadero, más manso, más justo que esa respuesta? En efecto, es la de ese acerca de quien había precedido la frase profética: Intenta y avanza con éxito y reina a causa de la verdad, la mansedumbre y la justicia. Si pensamos quién ha recibido la bofetada, ¿no querríamos que a ese que golpeó lo consumiera fuego celeste o lo engullera la tierra tras rajarse o el demonio lo revolcase tras apoderarse de él o lo castigase alguna pena de esta laya, cualquiera que sea, o incluso más grave? De hecho, ¿cuál de estas cosas no habría podido mandar ese mediante quien fue hecho el mundo, si no hubiese preferido enseñarnos la paciencia, con la cual se vence al mundo?

Aquí dirá alguien: «¿Por qué no hizo lo que él mismo preceptuó?». En efecto, a quien le golpeó, debió no responder así, sino ofrecer la otra mejilla. ¿Qué significa que haya respondido veraz, mansa y justamente y no sólo haya preparado la otra mejilla para quien de nuevo va a golpearlo, sino el cuerpo entero para ser clavado en el madero? También con esto ha mostrado preferentemente lo que hubo que mostrar, a saber, que los grandes preceptos suyos sobre la paciencia han de cumplirse no con la ostentación del cuerpo, sino con la disposición del corazón, pues puede suceder que, incluso airado, un hombre ofrezca visiblemente la otra mejilla. ¡Cuánto mejor actúa, pues, si sosegado responde la verdad y se prepara a tolerar con ánimo tranquilo cosas más graves! En efecto, quien en todo lo que padece injustamente por la justicia puede decir verazmente: «Preparado está mi corazón, Dios, preparado está mi corazón», es dichoso pues por eso sucede lo que sigue: Cantaré y salmodiaré, cosa que Pablo y Bernabé pudieron hacer incluso entre cadenas durísimas.

Jesús ante Caifás

Pero regresemos a lo siguiente de la narración evangélica: Y Anás lo envió atado a Caifás, el pontífice. A él, como dice Mateo, era conducido desde el inicio, porque ese mismo era el jefe de los sacerdotes de aquel año. Por cierto, ha de enten-

derse que en años alternos solían ejercer ambos pontífices, esto es, los jefes de los sacerdotes, los cuales eran en aquel tiempo Anás y Caifás, a los que el evangelista Lucas menciona al narrar en qué época comenzó Juan, el precursor del Señor, a predicar el reino de los cielos y a congregar discípulos. En efecto, dice así: En tiempo de los jefes de los sacerdotes Anás y Caifás aconteció la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto, etc. Por ende, esos pontífices ejercían ambos alternativamente en sus años, y cuando padeció Cristo era el año de Caifás. Por eso, según Mateo, cuando lo apresaron lo condujeron a él; pero, según Juan, primero vinieron con aquél a Anás, no por ser su colega, sino porque era su suegro. Y es de creer que esto sucedió según la voluntad de Caifás o también que sus casas estaban colocadas de forma que quienes pasaban no debían dejar de lado a Anás.

Las negaciones de Pedro

Pero el evangelista, tras haber dicho que Anás lo había enviado atado a Caifás, ha regresado al lugar de la narración donde había dejado a Pedro, para exponer lo que en casa de Anás había acontecido respecto a su triple negación. Afirma: Por su parte, Simón Pedro estaba parado y calentándose. Esto recapitula lo que había dicho ya antes; después une lo que se siguió. Le dijeron, pues: «¿Acaso también tú eres de sus discípulos»? Él negó y dijo: «No soy». Ya había negado una vez; he ahí que niega de nuevo. Después, para que se cumpla la tercera negación, uno de los esclavos del pontífice, pariente de ese cuya oreja cortó Pedro, dice: «¿No te vi yo en el huerto con él»? Pedro, pues, negó de nuevo e inmediatamente cantó un gallo. He ahí que se ha cumplido la predicción del Médico y ha quedado convicta la presunción del enfermo, pues no ha sucedido lo que éste había dicho: Mi vida depondré por ti, sino que ha sucedido lo que aquél había predicho: Tres veces me negarás. Pero, acabada la triple negación de Pedro, acábase ya también este sermón, para que a partir de otro exordio consideremos después lo que respecto al Señor se llevó a cabo ante el gobernador Poncio Pilato.

Tratado 114

Comentario a Jn 18,28-32

Recorrido de Jesús por las autoridades

Lo que con el Señor o respecto a nuestro Señor Jesucristo se llevó a cabo ante el gobernador Poncio Pilato, veámoslo a continuación en cuanto lo indica el evangelista Juan. Regresa, en efecto, al lugar de su narración donde la había dejado para exponer la negación de Pedro. Ciertamente había dicho ya: «Y Anás lo envió atado a Caifás, el pontífice», y, tras regresar de ahí adonde había dejado a Pedro calentándose al fuego en el atrio después que hubo terminado su negación entera, que sucedió tres veces, afirma: Conducen, pues, a Jesús a Caifás al pretorio. Por cierto, había dicho que había sido enviado a Caifás por Anás, colega y suegro suyo. Pero, si a Caifás, ¿por qué al pretorio? Quiere que por éste se entienda no otra cosa que donde habitaba el gobernador Pilato. Por tanto, o por alguna causa urgente se había dirigido Caifás al pretorio del gobernador desde la casa de Anás, donde ambos se habían reunido para oír a Jesús, y había dejado que su suegro oyese a Jesús, o Pilato había recibido el pretorio en la casa de Caifás y la casa era tan grande que permitía habitarla separadamente a su amo y separadamente al juez.

¡Oh ceguera impía!

Pues bien, era de mañana y esos mismos, esto es, quienes llevaban a Jesús, no entraron al pretorio, esto es, a esa parte de la casa que ocupaba Pilato, si esta misma era la casa de Caifás. Pues bien, al exponer la causa de por qué no entraron al pretorio, afirma: «Para no contaminarse, sino que pudieran comer la pascua», pues habían comenzado a celebrar los días de los ácidos, días en que para ellos era contaminación entrar a la vivienda de un extranjero. ¡Oh ceguera impía! ¡Sin duda, podía contaminarlos la vivienda ajena, mas no podía contaminarlos la

fectoría propia!. Temían que los contaminase el pretorio de un juez extranjero, mas no temían que los contaminase la sangre de un hermano inocente, por decir yo, de momento, sólo esto a propósito de lo cual la conciencia de los malos quedaba convicta de ser rea; efectivamente, que su impiedad condujera a la muerte a quien era también el Señor y asesinase al Dador de la vida, atribúyase no a la conciencia de ellos, sino a su ignorancia.

Salió, pues, fuera Pilato hacia ellos y dijo: «¿Que acusación aducís contra este hombre?». Le respondieron y dijeron: «Si éste no fuese malhechor, no te lo habríamos entregado». Sean interrogados y respondan si Jesús es malhechor los librados de espíritus inmundos, los enfermos sanados, los leprosos limpiados, los sordos que oyen, los mudos que hablan, los ciegos que ven, los muertos que resucitan y, lo que supera a todo, los estultos sabios. Pero decían eso aquellos acerca de quienes mediante un profeta había predicho él en persona: Me devolvían males por bienes.

No nos es lícito matar a nadie

Les dijo, pues, Pilato: «Tomadlo vosotros y juzgado según vuestra ley». Le dijeron, pues, los judíos: «No nos es lícito matar a nadie». ¿Qué es eso de que habla la crueldad loca? ¿No mataban a quien ofrecían para ser matado? La cruz ¿no mata acaso? Hasta tal punto dicen tonterías quienes no siguen, sino que persiguen a la Sabiduría. Pues bien, ¿qué significa: No nos es lícito matar a nadie? Si es malhechor, ¿por qué no es lícito? La ley ¿no les ha preceptuado no tener miramiento hacia los malhechores, sobre todo hacia quienes, cual suponían que era éste, los apartaban de su Dios? Pero ha de entenderse que ellos dijeron que no les era lícito matar a nadie, en atención a la santidad del día festivo que habían comenzado ya a celebrar, en atención al cual temían también contaminarse con la entrada al pretorio.

¿Hasta tal punto os habéis endurecido, falsos israelitas; por malicia exagerada habéis perdido toda sensibilidad, hasta el punto de creer que vosotros estáis impolutos de la sangre del inocente, precisamente por haberla entregado a otro para que la derrame? Es más, ¿tal vez Pilato va a asesinar con sus manos a ese que, para que lo asesine, presentáis a su autoridad? Si no quisisteis que lo asesinasen, si no le habéis tendido trampas, si no lo comprasteis con dinero para que os fuese entregado, si no lo apresasteis, atasteis, condujisteis, si no lo ofrecisteis con las manos para ser asesinado, si con gritos no exigisteis que lo fuese, jactaos de no haberlo matado. Si, en cambio, tras preceder todos esos hechos vuestros,

también gritasteis: «Crucifica, crucifica», escuchad lo que contra vosotros grita también un profeta: Hijos de hombres, sus dientes son armas y saetas, y su lengua machete afilado. He ahí con qué armas, con qué saetas, con qué machete matasteis al Justo cuando dijisteis que no os era lícito matar a nadie.

A eso se debe que, aunque los jefes de los sacerdotes no habían venido, sino enviado, a apresar a Jesús, sin embargo, el evangelista Lucas asevera en idéntico lugar de su narración: Por su parte, afirma, Jesús dijo a esos que habían venido a él, jefes de los sacerdotes y magistrados del templo y ancianos: «Cual hacia un bandido salisteis», etc. Como, pues, los jefes de los sacerdotes vinieron no por sí mismos, sino mediante esos a quienes habían enviado a apresar a Jesús —en el poder de su mandato, ¿qué otra cosa había que ellos en persona?—, así, todos los que con gritos impíos gritaron que había de crucificarse a Cristo, lo mataron no ciertamente por sí mismos, pero en todo caso ellos en persona mediante ese al que el griterío de ellos impulsó a esta abominación.

Autores verdaderos de la muerte de Jesús son los judíos

Por otra parte, respecto a lo que el evangelista Juan añade, Para que se cumpliera la palabra de Jesús, la que dijo para indicar con qué muerte iba a morir, si queremos interpretar aquí la muerte de cruz, cual si los judíos hubieran dicho «No nos es lícito matar a nadie» precisamente porque una cosa es ser matado, otra ser crucificado, no veo cómo esto puede entenderse con razón, pues respondieron esto a las palabras de Pilato con que les había dicho: Tomadlo vosotros y juzgado según vuestra ley. ¿Tal vez, pues, no podían tomarlo y esos mismos crucificarlo, si mediante tal género de suplicio ansiaban evitar el asesinato de alguien? Ahora bien, ¿quién no verá cuán absurdo es que crucificar a alguien les sea lícito a quienes no es lícito matar a nadie? ¿Qué decir del hecho de que el Señor en persona llama también asesinato a su misma muerte, esto es, la muerte de cruz, como leemos en Marcos, donde asevera: He ahí que subimos a Jerusalén y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles y lo ridiculizarán y le escupirán y lo flagelarán y lo asesinarán, mas al tercer día resucitará? Seguramente, pues, diciendo eso, el Señor ha indicado con qué muerte iba a morir: no que quisiera que aquí se entienda la muerte de cruz, sino que los judíos iban

a entregarlo a los gentiles, esto es, a los romanos, porque Pilato era romano y los romanos lo habían enviado a Judea como gobernador.

Para que, pues, se cumpliera esa palabra de Jesús, esto es, que los gentiles lo asesinarían entregado a ellos, cosa que Jesús había predicho que iba a suceder, por eso, cuando Pilato, que era el juez romano, quiso devolverlo a los judíos para que lo juzgasen según su ley, no quisieron tomarlo, pues dijeron: No nos es lícito matar a nadie. Y así se cumplió la palabra de Jesús, la que respecto a su muerte predijo: que, entregado por los judíos, los gentiles lo asesinarían; con crimen menor que los judíos, los cuales quisieron de ese modo desentenderse, digamos, de su asesinato, no para que se mostrase su inocencia, sino para que se mostrase su demencia.

Tratado 115

Comentario a Jn 18,33-40

Jesús y Pilato

Este sermón ha de considerar y tratar qué dijo Pilato a Cristo o qué respondió él a Pilato. En efecto, tras haberse dicho a los judíos: «Tomadlo vosotros y juzgado según vuestra ley», y tras haber ellos respondido: «No nos es lícito matar a nadie», entró de nuevo al pretorio Pilato y llamó a Jesús y le dijo: «¿Tú eres el rey de los judíos?» Y respondió Jesús: ¿Dices esto por tu cuenta u otros te lo dijeron de mí? Evidentemente, el Señor sabía aquello por lo que él interrogó y lo que aquél iba a responder; pero en todo caso quiso que se dijera no para saberlo él mismo, sino para que se escribiera lo que quiso que supiéramos. Respondió Pilato: «¿Tal vez soy yo judío? Tu gente y los pontífices te entregaron a mí; ¿qué hiciste?» Respondió Jesús: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mis agentes lucharían, evidentemente, para no ser yo entregado a los judíos; pero en realidad mi reino no es de aquí. Esto es lo que el Maestro bueno quiso que supiéramos. Pero primero había de sernos mostrada como infundada la opinión de los hombres acerca de su reino —ora la de los gentiles, ora la de los judíos a quienes Pilato había oído esto—: por así decirlo, había que castigarlo con la muerte precisamente por haber pretendido un reino ilegítimo, o porque quienes reinan suelen mirar mal a quienes van a reinar y es evidente que había de evitarse que su reino fuese adverso a los romanos o a los judíos.

Pues bien, a la interrogación primera del gobernador, donde le dijo: «¿Tú eres el rey de los judíos?», el Señor podía responder lo que asevera: Mi reino no es de este mundo, etc. Pero, al interrogarle a su vez si decía esto por su cuenta o lo había oído a otros, quiso mostrar, al responder aquél, que de esto le habían acusado ante él los judíos como hecho criminal; así nos descubre las ideas de los hombres, acerca de las que sabía que son vanas, y tras la respuesta de Pilato les

responde ya tan oportuna y apropiadamente a judíos y gentiles: Mi reino no es de este mundo. Si hubiese respondido esto a Pilato inmediatamente tras interrogarle, parecería que lo había respondido no también a los judíos, sino a solos los gentiles, que opinaban de él esto. Pero, porque Pilato respondió: «¿Tal vez soy yo judío? Tu gente y los pontífices te entregaron a mí», en realidad retiró de sí la sospecha con que podría suponerse que por su cuenta había dicho que Jesús es el rey de los judíos, pues demuestra haberlo oído a los judíos. Después, diciendo «¿Qué hiciste?» —como si dijera: «Si niegas ser rey, ¿qué hiciste para que hayas sido entregado a mí?»—, muestra suficientemente que de eso se le ha acusado como hecho criminal. Por así decirlo: no sería asombroso que fuese entregado al juez para ser castigado quien decía ser rey; si, en cambio, no decía esto, habría que preguntarle qué otra cosa había hecho quizá, por la que fuese digno de ser entregado al juez.

Mi reino no es de este mundo

Escuchad, pues, judíos y gentiles; escucha, circuncisión; escucha, prepucio; escuchad, todos los reinos terrenos: «No impido vuestra soberanía en este mundo; mi reino no es de este mundo». No temáis con el temor por entero infundado con que se espantó Herodes el Grande, cuando se notificó que Cristo había nacido, y para que a éste llegase la muerte asesinó a tantos bebés, muy cruel temiendo más que airándose. Mi reino no es de este mundo, afirma. ¿Qué más queréis? Venid al reino que no es de este mundo; venid creyendo y no os ensañéis temiendo. Por cierto, en profecía dice acerca de Dios Padre: Por mi parte, yo fui constituido rey sobre Sión, su monte santo. Pero esa Sión y ese monte no es de este mundo. En efecto, ¿cuál es su reino sino los que creen en él, a quienes, aunque quería que estuviesen en el mundo, por lo cual dijo acerca de ellos al Padre: «No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del mal», dice: No sois del mundo, como tampoco yo soy del mundo? Por ende, aquí tampoco asevera «Mi reino no está en este mundo», sino: No es de este mundo. Y tras probar esto al decir: «Si mi reino fuese de este mundo, mis agentes lucharían, evidentemente, para no ser yo entregado a los judíos», no asevera: «Ahora en cambio, mi reino no está aquí», sino: No es de aquí.

Aquí, en efecto, está hasta «el final del mundo» su reino, el cual tiene en medio de sí mezclada hasta la siega la cizaña, pues la siega es el final del mundo, cuando vendrán los segadores, esto es, los ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos; lo cual, evidentemente, no sucedería si su reino no estuviese aquí. Pero en todo caso no es de aquí porque está exiliado en el mundo; en efecto, dice a su

reino: No sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo. Eran, pues, del mundo cuando no eran su reino, sino que pertenecían al jefe del mundo. Del mundo es, pues, cualquier cosa de los hombres que, creada ciertamente por el verdadero Dios, ha sido engendrada del estropeado y reprobado linaje de Adán; en cambio, reino no ya del mundo ha sido hecha cualquier cosa que, venida de ahí, ha sido regenerada en Cristo. Así, en efecto, nos arrancó de la potestad de las tinieblas Dios y nos trasladó al reino del Hijo de su caridad⁸; reino del que dice: Mi reino no es de este mundo, o mi reino no es de aquí.

Así pues, le dijo Pilato: «¿Luego tú eres rey?». Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. No es que temió confesarse rey; sino que «tú dices» está tan equilibrado que ni él niega ser rey, pues es rey cuyo reino no es de este mundo, ni confiesa ser rey tal que se suponga que su reino es de este mundo. Sin duda, tal lo consideraba quien había dicho: «¿Luego tú eres rey?», al cual se respondió: Tú dices que yo soy rey. En efecto, está dicho: «Tú dices», como si estuviera dicho: carnal como eres, hablas carnalmente.

He nacido para dar testimonio de la verdad

Después añade: Yo he nacido en orden a esto y he venido al mundo para esto, para dar testimonio en favor de la Verdad. La sílaba de este pronombre que asevera «in hoc (en orden a esto) he nacido» no ha alargarse como si hubiere dicho «en esta cosa he nacido», sino que ha de pronunciarse breve, como si hubiere dicho «para esta cosa he nacido o para esto he nacido», como asevera: He venido al mundo para esto. De hecho, en el evangelio griego nada de esta locución es ambiguo. Por ende, es manifiesto que él ha mencionado aquí su nacimiento temporal mediante el cual, encarnado, vino al mundo, no aquel sin inicio, con el que era Dios ese mediante quien el Padre ha creado el mundo. Ha dicho, pues, que él ha nacido en orden a esto, esto es, que ha nacido por esto y que naciendo, de la Virgen evidentemente, ha venido al mundo para esto: para dar testimonio en favor de la Verdad. Pero, porque la fe no es de todos, ha agregado y aseverado: Todo el que es de la Verdad escucha mi voz. Escucha, evidentemente, con los oídos interiores, esto es, obedece a mi voz; lo cual significaría lo mismo que si dijera «me cree». Así pues, cuando Cristo da testimonio en favor la Verdad, en realidad da testimonio en favor de sí, pues frase suya es «Yo soy la Verdad» y también en otro lugar ha dicho: Yo doy testimonio de mí¹⁴.

Lo que asevera: Todo el que es de la Verdad oye mi voz, realmente hace valer la gracia con que llama según designio. De este designio dice el Apóstol: «Sabemos

que para quienes quieren a Dios todo coopera al bien, para estos que han sido llamados según designio» de Dios, designio, por supuesto, de quien llama, no de los llamados. En otra parte está esto puesto más claramente así: Colabora con el Evangelio, según la fuerza de Dios, el que nos hizo salvos y llamó con su llamada santa, no según nuestras obras, sino según su designio y gracia. Efectivamente, si pensamos en la naturaleza con que hemos sido creados, ¿quién no es de la Verdad pues la Verdad ha creado a todos? Pero a quienes desde la Verdad en persona se proporciona —sin duda, sin méritos precedentes algunos, no sea que la gracia no sea gracia— oír la Verdad, esto es, obedecer a la Verdad y creer en la Verdad, no son todos. En efecto, si hubiese dicho «todo el que oye mi voz es de la Verdad», se supondría que se dice que es de la Verdad precisamente porque se somete a la Verdad; ahora bien, no asevera esto, sino que asevera: «Todo el que es de la Verdad oye mi voz» y, por eso, es de la Verdad no precisamente porque oye su voz, sino que la oye precisamente porque es de la Verdad, esto es, porque este don a él conferido es de la Verdad. Esto ¿qué otra cosa significa sino que cree en Cristo porque se lo regala Cristo?

La verdad se cumple mediante hombres falsos

Le dijo Pilato: «¿Qué significa “verdad”?» No aguardó a oír la respuesta, sino que, tras haber dicho esto, de nuevo salió hacia los judíos y les dijo: «Yo no hallo en él causa alguna. Ahora bien, tenéis por costumbre que en la Pascua os suelte a uno; ¿queréis, pues, que os suelte al rey de los judíos?» Creo que, tras haber dicho Pilato: «¿Qué significa “verdad”?», al instante le vino a la mente la costumbre de los judíos según la cual solía soltarles en la Pascua uno, y que no aguardó a que Jesús le respondiera qué significa «verdad», precisamente para que no se produjera demora tras haber recordado la costumbre según la cual podría serles soltado por Pascua, lo cual es evidente que él quería mucho. Sin embargo, que Jesús era el rey de los judíos no pudo arrancarse de su corazón, cual si allí lo hubiese clavado como en un letrero la Verdad en persona, acerca de la que interrogó qué significaba.

Pero, oído esto, a gritos dijeron a su vez todos: «No a éste, sino a Barrabás». Ahora bien, Barrabás era asesino. Reprendemos, oh judíos, no que liberáis por Pascua a un nocente, sino que asesináis al Inocente, lo que si empero no aconteciera, no acontecería la verdadera Pascua. Pero, porque se equivocaban, los judíos se aferraban a la sombra de la verdad, mas la admirable gestión de la sabiduría divina ejecutaba mediante hombres falaces la verdad de esa misma sombra, porque, para que aconteciera la verdadera Pascua, Cristo era inmolado

cual oveja. De ahí se siguen esas cosas injuriosas que Pilato y su cohorte lanzaron contra Cristo. Pero ha de tratarlas otra exposición.

Tratado 116

Comentario a Jn 19,1-16

Cómo la humildad vence a la soberbia

Porque los judíos habían gritado que querían que Pilato les soltase por Pascua no a Jesús, sino al asesino Barrabás no al Salvador, sino al asesino, no al Dador, sino al arrebatador de la vida, entonces Pilato cogió y flageló a Jesús. Es de creer que Pilato hizo esto no por otra razón, sino para que los judíos, satisfechos con sus ultrajes, estimasen que les bastaba y desistieran de enseñarse hasta la muerte de él. A esto tiende el hecho de que idéntico gobernador permitió a su cohorte hacer también lo que sigue, o tal vez incluso lo mandó, aunque el evangelista haya silenciado esto, pues ha dicho qué hicieron después los soldados; sin embargo, que Pilato mandase esto, no lo ha dicho.

Y los soldados, afirma, tras trenzar una corona de espinas la pusieron sobre su cabeza y lo envolvieron en un vestido púrpuro. Y venían hacia él y decían: «¡Salve, rey de los judíos!» Y le daban bofetadas. Así se cumplía lo que Cristo había predicho de sí; así se disponía a los mártires a tolerar todo lo que gustase a los perseguidores hacer; así, ocultada un momento la potencia que temer, se hacía primero valer la paciencia que imitar; así, no con la atrocidad de luchar, sino con el abajamiento de padecer, vencía al soberbio mundo el reino que no era de este mundo; así, para fructificar abundantemente en admirable gloria, se sembraba con horrible contumelia el grano que iba a multiplicarse.

Ecce homo

De nuevo salió fuera Pilato y les dice: «He ahí que lo conduzco fuera para que conozcáis que en él no hallo causa alguna». Salió, pues, Jesús cargado con la corona espinosa y la vestimenta púrpura. Y les dice: «He ahí el hombre». De

esto resulta claro que sin ignorar Pilato estas cosas, ora las hubiere mandado, o las hubiere permitido, los soldados las hicieron, evidentemente por la causa que arriba he dicho: para que los enemigos bebiesen gustosísimamente estas mofas de aquél y no tuviesen ya sed de su sangre. Sale hacia ellos Jesús, cargado con la corona espinosa y la vestimenta purpúrea, no resplandeciente de autoridad, sino lleno de oprobio, y se les dice: He ahí el hombre. Si miráis hostilmente al rey, tened ya miramiento porque lo veis derribado; ha sido flagelado, de espinas ha sido coronado, ha sido cubierto con vestido escarnecedor, con amargos insultos ha sido ridiculizado, con bofetadas ha sido golpeado; hierva la ignominia, enfríese la hostilidad; pero no se enfría, se enardece, más bien, y crece.

Como, pues, le hubiesen visto los pontífices y los agentes, decían a gritos: «Crucifícalo, crucifícalo». Les dice Pilato: «Tomadlo y crucificadlo vosotros, pues yo no hallo en él causa». Le respondieron los judíos: «Nosotros tenemos ley y según la ley debe morir porque se hizo hijo de Dios». He ahí otra hostilidad mayor, pues sin duda parecía pequeña la dirigida contra la potestad regia pretendida, digamos, con osadía ilícita. Y, sin embargo, Jesús no usurpó mendazmente para sí ni una ni otra cosa, sino que una y otra son verdaderas —es el Unigénito Hijo de Dios y el rey por él constituido sobre Sión, su monte santo— y una y otra se mostrarían ahora, si no prefiriese ser tanto más paciente cuanto era más potente.

El cordero manso y silencioso

Como, pues, Pilato hubiese oído esta palabra, temió más y entró de nuevo al pretorio y dice a Jesús: «¿De dónde eres tú?». Jesús, por su parte, no le dio respuesta. Que este silencio de nuestro Señor Jesucristo aconteció no una sola vez, se descubre, comparados los relatos de todos los evangelistas, ante los jefes de los sacerdotes, ante Herodes, a quien, como Lucas indica, lo había enviado Pilato para que lo oyera y ante Pilato mismo, para que no en vano haya precedido la profecía acerca de él, Como un cordero estuvo sin voz ante quien lo trasquilaba, así no abrió su boca precisamente, sobre todo, cuando no respondió a los interrogadores. Por cierto, aunque frecuentemente haya respondido a ciertas preguntas, sin embargo, a causa de las cosas acerca de las que no quiso responder se ha puesto la comparación tomada del cordero, precisamente para que a propósito de su silencio se le tuviera no por reo, sino por inocente. Cuando, pues, se le juzgaba, en cualquier parte donde no abrió su boca, como un cordero no la abrió, esto

es, no como uno al que, malamente consciente de sí, se dejaba convicto de sus pecados, sino como un sufrido que se inmolaba por pecados ajenos.

Callaba como cordero, enseñaba como pastor

Le dice, pues, Pilato: «¿A mí no me hablas? ¿Desconoces que tengo potestad para crucificarte y tengo potestad para dejarte libre?» Respondió Jesús: «No tendrías contra mí potestad alguna, si no se te hubiese dado de arriba. Por eso, quien me ha entregado a ti tiene pecado mayor». He ahí que respondió y, sin embargo, en cualquier parte donde no respondió, no abrió su boca no como reo o doloso, sino como cordero, esto es, como sencillo e inocente. Por ende, cuando no respondía, callaba como oveja; cuando respondía, enseñaba como pastor. Aprendamos, pues, lo que dijo, lo que también mediante el Apóstol ha enseñado, que no hay potestad, sino por Dios, y que, quien por envidia entrega a la autoridad un inocente para que lo mate, peca más que esa autoridad misma, si ésta lo mata por temor a otra autoridad mayor. Por cierto, Dios había dado a Pilato potestad de forma que estuviese también bajo la potestad del César. Por eso afirma: «No tendrías contra mí potestad alguna, esto es, por pequeña que sea la que tienes, si esto mismo, cualquier cosa que sea, no se te hubiese dado de arriba. Pero, porque sé cuánto es, pues no es tanto que de todos modos lo tengas sin trabas, por eso, quien me ha entregado a ti tiene pecado mayor. De hecho, ése me ha entregado a tu autoridad, envidiando; tú, en cambio, contra mí vas a ejercer idéntica autoridad, temiendo». En verdad, ni aun por temor debe un hombre matar a otro, sobre todo a un inocente; pero en todo caso, es mucho más malo hacer esto por celos que por temor. Y, por eso, el Maestro veraz no asevera «Quien me ha entregado a ti, ese mismo tiene pecado», cual si aquél no lo tuviese; sino que asevera «tiene pecado mayor», para que entendiera que también él lo tenía. En efecto, porque este pecado es mayor, no por eso es nulo aquél.

Desde entonces buscaba Pilato soltarlo. ¿Qué significa esto que está dicho, desde entonces, cual si antes no buscase? Lee lo anterior y hallarás que tiempo antes buscaba soltar a Jesús. Así pues, «desde entonces» ha de entenderse «por eso», esto es, por esta causa: para no tener pecado, asesinando al inocente a él entregado, aunque pecaba menos que los judíos que se lo habían entregado para asesi-

narlo. Desde entonces, pues, esto es, precisamente para no cometer este pecado, buscaba no ahora por vez primera, sino desde el inicio, soltarlo.

Los temores de Pilato

Por su parte, los judíos decían a gritos: «Si sueltas a éste, no eres amigo del César, pues todo el que se hace rey contradice al César». Supusieron que a Pilato, aterrizándolo con el César para que matase a Cristo, le metían temor mayor que el de más arriba, cuando dijeron: Nosotros tenemos ley y según la ley debe morir porque se hizo hijo de Dios. En efecto, para matarlo no temió la ley de ellos, pero temió, más bien, matar a un hijo de Dios; pero en realidad no pudo despreciar al César, autor de su autoridad, como a la ley de una nación extranjera.

Aún sigue empero el evangelista y dice: Por su parte, Pilato, como hubiese oído estas palabras, condujo fuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el lugar al que se llama Litóstroto; en cambio, en hebreo, Gabatha. Pues bien, era parasceve de la Pascua, hacia la hora sexta. Porque a causa del testimonio de otro evangelista, el cual ha dicho «Ahora bien, era la hora tercia y lo crucificaron», suele surgir gran debate sobre a qué hora fue crucificado el Señor, de esto disertaré como pueda, si el Señor quisiere, cuando se haya llegado al lugar mismo donde se narra que fue crucificado. Como, pues, Pilato se hubiese sentado en el tribunal, dice a los Judíos: «He ahí vuestro rey». Ellos, por su parte, gritaban: «¡Quita, quita! ¡Crucifícalo!». Les dijo Pilato: «¿A vuestro rey crucificaré?» Al terror que con el César le habían metido, intenta aún superarlo ya que, diciendo ¿A vuestro rey crucificaré?, con la ignominia de ellos quiere ablandar a quienes no pudo amansar con la ignominia de Cristo; pero inmediatamente le vence el temor.

Los judíos, implicados en la crucifixión

En efecto, los pontífices respondieron: «No tenemos más rey que César». Entonces, pues, se lo entregó para que fuese crucificado¹⁶, ya que parecería venir clarísimamente contra el César si, a quienes profesaban no tener más rey que a César, quisiera imponerles otro rey, soltando impune a quien a causa de estas audacias le habían entregado para asesinarlo. Se lo entregó, pues, para que fuese crucificado. Pero ¿acaso ansiaba antes otra cosa, cuando decía «Tomadlo y crucificadlo vosotros», o también más arriba: Tomadlo vosotros y juzgado según vuestra ley. Pues bien, ¿por qué ellos no quisieron con tan gran empeño, al decir: «No nos es lícito matar a nadie» e insistir de todos modos en que fuese asesinado no por ellos, sino por el gobernador y, por eso, recusar tomarlo para asesinarlo,

si ahora lo toman para asesinarlo? O, si esto no sucede, ¿por qué está dicho: Entonces, pues, se lo entregó para que fuese crucificado? ¿Hay alguna diferencia? Simple y llanamente, la hay. En efecto, no está dicho «Entonces, pues, se lo entregó para que lo crucificasen», sino «para que fuese crucificado», esto es, para que fuese crucificado según sentencia y autoridad del gobernador. Pero que les fue entregado, lo ha dicho el evangelista precisamente para mostrar que estaban implicados en el crimen del que intentaban estar exentos; en efecto, Pilato no haría esto, sino para cumplir lo que percibía que ellos ansiaban.

Por otra parte, lo que sigue, Pues bien, se encargaron de Jesús y lo sacaron, puede referirse desde ahora a los soldados de la guardia personal del gobernador, porque después se dice muy claramente: Como, pues, los soldados lo hubiesen crucificado. Sin embargo, aunque el evangelista atribuye todo entero a los judíos, lo hace con razón, pues esos mismos se encargaron de lo que exigían avidísimamente y esos mismos hicieron cualquier cosa que por la fuerza obtuvieron que se hiciera. Pero esto que sigue ha de tratarlo otro sermón.

Tratado 117

Comentario a Jn 19,17-22

La hora sexta y su interpretación

Una vez que Pilato sentenció y condenó en el tribunal al Señor Jesucristo, hacia la hora sexta se encargaron de él y lo sacaron. Y, tras cargar sobre sí a la espalda la cruz, salió a ese lugar al que se llama «de la Calavera», en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron. ¿Qué significa, pues, lo que el evangelista Marcos dice: Ahora bien, era la hora tercia y lo crucificaron, sino que el Señor fue crucificado por las lenguas de los judíos a la hora tercia, a la hora sexta por las manos de los soldados? Ojalá entendamos que la hora quinta había ya pasado, que algo de la sexta, a la que Juan llama «hacia la hora sexta», había comenzado cuando Pilato se sentó en el tribunal, y que, mientras era llevado y clavado en el madero con dos bandidos y junto a su cruz sucedían los hechos que se narran, se completó íntegra la hora sexta; que desde esta hora hasta la nona, oscurecido el sol, se produjeron tinieblas, lo atestigua la autoridad de tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas. Pero porque los judíos intentaron transferir de sí a los romanos, esto es, a Pilato y a sus soldados, el delito de matar a Cristo, por eso, Marcos, suprimida esa hora en que Cristo fue crucificado por los soldados, la sexta, que había ya comenzado a pasar, ha mencionado, más bien, al recordarla, la hora tercia —se entiende que en esa hora pudieron gritar ante Pilato «Crucifica, crucifica»—, para que se descubra que crucificaron a Jesús no sólo aquéllos, esto es, los soldados que lo colgaron del madero a la hora sexta, sino también los judíos que a la hora tercia gritaron que fuese crucificado.

Nueva interpretación de la hora sexta

Hay también otra solución de este problema: que aquí se interprete no la hora sexta del día, porque tampoco Juan asevera «pues bien, era hacia la hora sexta

del día» ni «hacia la hora sexta», sino que asevera: Pues bien, era parasceve de la Pascua, hacia la hora sexta. Pues bien, parasceve significa en nuestro idioma «preparación»; pero los judíos, aun quienes hablan en nuestro idioma más bien que en griego, usan este vocablo griego a propósito de observancias de esta clase. Era, pues, preparación de la Pascua; ahora bien, según dice el Apóstol, como Pascua nuestra fue inmolado Cristo. Si calculamos desde la hora nona de la noche la preparación de la Pascua —parece, en efecto, que los jefes de los sacerdotes pronunciaron entonces la inmolación del Señor, al decir: «Es reo de muerte» mientras se le oía aún en la casa del pontífice, en razón de lo cual se entiende convenientemente que a partir de ahí, desde que los sacerdotes pronunciaron que había que inmolarlo, había comenzado la preparación de la auténtica Pascua, esto es, de la inmolación de Cristo, sombra de la cual era la Pascua de los judíos—, desde esa hora de la noche, respecto a la que se conjetura que era entonces la nona, hasta la hora tercia del día, respecto a la que Marcos testifica que en ella fue crucificado Cristo, hay en realidad seis horas, tres nocturnas y tres diurnas. Por ende, en esta parasceve de la Pascua, esto es, en la preparación de la inmolación de Cristo que había comenzado desde la hora nona de la noche, avanzaba la hora sexta aproximadamente, esto es, terminada la quinta, ya había comenzado a correr la sexta, cuando Pilato subió al tribunal. En efecto, aún era esa preparación misma que había comenzado desde la hora nona de la noche, hasta que sucediera la inmolación de Cristo que se preparaba, la cual, según Marcos, sucedió en la hora tercia no de la preparación, sino del día; además, esa misma es la sexta no del día, sino de la preparación, calculadas, evidentemente, seis horas desde la nona de la noche hasta la tercia del día.

De estas dos soluciones de ese problema difícil, cada cual elija la que quiera. Ahora bien, quien haya leído lo que se examinó laboriosísimamente acerca de la Concordancia de los evangelistas, decidirá mejor qué elegir. Pero, si pudieren hallarse además otras soluciones de aquél, la armonía de la verdad evangélica se defenderá más plenamente contra las calumnias de la desleal e impía vaciedad. Tras estas cosas tratadas brevemente, regresemos ahora a la narración del evangelista Juan.

El espectáculo de Cristo con la cruz

Afirma: Pues bien, se encargaron de Jesús y lo sacaron. Y, tras cargar sobre sí a la espalda la cruz, salió a ese lugar al que se llama «de la Calavera», en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron. Al lugar, pues, donde había de ser crucificado iba cargado con su cruz Jesús. ¡Gran espectáculo! Pero, si lo contempla la impie-

dad, gran escarnio; si la piedad, gran misterio; si lo contempla la impiedad, gran ejemplo de ignominia; si la piedad, gran fortificación de la fe; si lo contempla la impiedad, se ríe de que, como vara del reinado, un rey cargue con el madero de su suplicio; si la piedad, ve a un rey que para clavarse a sí mismo carga a la espalda el madero que iba a fijar también en las frentes de los reyes. A los ojos de los impíos iba a ser despreciado con eso en que iban a gloriarse los corazones de los santos. En efecto, al transportar a hombros su cruz misma, la encomiaba ante Pablo, que iba a decir: «Por mi parte, lejos de mí gloriarme a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo», y llevaba el candelero de la lámpara que iba a arder, a la que no había que poner bajo el celemín.

Tras cargar, pues, sobre sí a la espalda la cruz, salió a ese lugar al que se llama «de la Calavera», en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado; por su parte, a Jesús en medio. Esos dos, como hemos aprendido por el relato de los otros evangelistas, eran los bandidos con los que fue crucificado y entre los que fue clavado Cristo, acerca de lo cual una profecía pronunciada de antemano había dicho: Y fue contado entre los inicuos.

Jesús, Rey de los judíos

Por su parte, Pilato escribió y puso sobre la cruz un letrero. Pues bien, estaba escrito: «Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos». Este letrero, pues, lo leyeron muchos de los judíos, porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad. Y «el Rey de los judíos» estaba escrito en hebreo, griego y latín, pues estas tres lenguas destacaban allí sobre las demás: la hebrea, a causa de los judíos que se glorían en la ley de Dios; la griega, a causa de los sabios de las gentes; la latina, a causa de los romanos que imperaban en muchas gentes y ya en casi todas.

Decían, pues, a Pilato los pontífices de los judíos: «No escribas “El Rey de los judíos”, sino que “Ese mismo dijo: soy rey de los judíos”». Pilato respondió: «Lo que he escrito lo dejo escrito». ¡Oh inefable fuerza de la actuación divina, incluso en los corazones de los ignorantes! ¿Acaso cierta voz oculta dentro de Pilato no gritaba con cierto chillón silencio, si esto puede decirse, lo que tanto antes se profetizó en el libro de los Salmos: No alteres la inscripción del letrero? He ahí que no altera la inscripción del letrero: lo que ha escrito lo deja escrito. Pero, precisamente los pontífices, que querían que esto se corrompiera, ¿qué decían? Afirman: No escribas «El Rey de los judíos», sino que «Ese mismo dijo: soy rey de los judíos». ¿De qué habláis, locos? ¿Por qué os oponéis a que se haga lo que de ningún modo podéis cambiar? En efecto, ¿precisamente porque Jesús aseve-

ra: «Soy rey de los judíos», tal vez no será esto verdad? Si lo que Pilato ha escrito no puede alterarse, ¿podrá alterarse lo que la Verdad ha dicho?

Pero Cristo ¿es sólo el rey de los judíos o también de las gentes? Más bien, también de las gentes. En efecto, tras haber dicho en una profecía: «Por mi parte, yo fui constituido por él rey sobre Sión, su monte santo, para promulgar el precepto del Señor» al instante, para que, porque nombra el monte Sión, nadie dijese que había sido constituido rey para solos los judíos, ha agregado: El Señor me dijo: «Hijo mío eres tú, yo hoy te he engendrado. Pídemelo y te daré como heredad tuya las gentes y como posesión tuya los términos de la tierra». Por ende, también él en persona, al hablar ya por su propia boca entre los judíos, afirma: Tengo otras ovejas que no son de este redil; es preciso que yo conduzca también a esas mismas, y oirán mi voz y habrá un único rebaño y un único pastor.

Si, pues, Cristo es también rey de las gentes, ¿por qué queremos que en este letrero en que estaba escrito «El Rey de los judíos» se advierta un gran misterio? Sin duda porque el acebuche fue hecho partícipe de la savia del olivo, pero el olivo no fue hecho partícipe del amargor del acebuche. Efectivamente, porque el letrero «El Rey de los judíos» se escribió verazmente acerca de Cristo, ¿a quiénes ha de considerarse judíos sino a la descendencia de Abrahán, los hijos de la promesa, que son también hijos de Dios, porque el Apóstol asevera: No son hijos de Dios estos que son los hijos de la carne, sino que se cuenta entre la descendencia a los hijos de la promesa? Además, eran gentiles esos a quienes decía: Ahora bien, si vosotros sois de Cristo, sois, pues, descendencia de Abrahán, herederos según la promesa. Cristo, pues, es el rey de los judíos —pero de los judíos por circuncisión del corazón, por el espíritu, no por la letra, cuya loa es no de los hombres, sino de Dios, pertenecientes a la Jerusalén libre, nuestra madre eterna en los cielos, Sara espiritual, que de la casa de la libertad echa a la esclava y a los hijos de ella—, ya que, precisamente porque el Señor ha dejado dicho lo que ha dicho, Pilato ha dejado escrito lo que ha escrito.

Tratado 118

Comentario a Jn 19,23-24

Los verdaderos autores de la crucifixión

Lo que junto a la cruz del Señor se llevó a cabo tras haber sido ya crucificado, expongámoslo en este sermón en la medida en que él ayuda. Los soldados, pues, tras haberlo crucificado, tomaron su ropa e hicieron cuatro partes, para cada soldado una parte, y la túnica. Ahora bien, la túnica era inconsútil, tejida desde arriba por todo. Dijeron, pues, recíprocamente: «No la rasguemos, sino que respecto a ella fijemos por sorteo de quién será», para que se cumpliera la Escritura que dice: Se repartieron mi ropa y echaron a suerte mi vestido¹. Se hizo lo que quisieron los judíos: crucificaron a Jesús no esos mismos, sino, tras dictar sentencia Pilato, los soldados, que le obedecían; y, sin embargo, si pensamos en las decisiones de aquéllos, en sus insidias, en su actividad, en su traición y, por último, en sus gritos extorsionadores, evidentemente crucificaron a Jesús, más bien, los judíos.

El reparto de los vestidos

Pero del reparto y sorteo de su ropa no ha de hablarse de pasada. En efecto, aunque los cuatro evangelistas hayan recordado todos este dato, los demás empero más brevemente que Juan, y éstos oscuramente, éste, en cambio, clarísimamente. De hecho, Mateo asevera: Pues bien, después que lo crucificaron, dividieron su ropa, echando a suerte; Marcos: Y, tras crucificarlo, dividieron su ropa, echando a suerte sobre ella para ver quién se llevaba qué; Lucas: Por su parte, al dividir su ropa, echaron a suertes. Juan, en cambio, ha dicho también cuántas partes hicieron de su ropa, esto es, cuatro, para llevarse una cada uno, a consecuencia de lo cual es evidente que fueron cuatro los soldados que en crucificarlo obedecieron al gobernador. En efecto, asevera manifiestamente: «Los soldados, pues,

tras haberlo crucificado, tomaron su ropa e hicieron cuatro partes, para cada soldado una parte y —ha de sobrentenderse “tomaron” — la túnica», de forma que el sentido sea éste: Tomaron su ropa e hicieron cuatro partes, para cada soldado una parte; tomaron también la túnica. Y ha hablado así para que veamos que la suerte se echó no respecto a la ropa restante, sino respecto a la túnica que tomaron juntamente con el resto; pero no la dividieron similarmente. En efecto, respecto a ésta sigue exponiendo: «Ahora bien, la túnica era inconsútil, tejida desde arriba por todo»; en cambio, al narrar por qué no echaron la suerte respecto a ella, afirma: Dijeron, pues, recíprocamente: «No la rasguemos, sino que respecto a ella fijemos por sorteo de quién será». Así pues, es evidente que en los otros vestidos tuvieron ellos partes iguales, de modo que no fue necesario sortearlos, y que, en cambio, en ella, única, no pudieron tener ellos cada cual una parte si no la rasgaban de modo que se llevasen inútilmente jirones de ella. Para no hacer esto, prefirieron que por sorteo correspondiese ella a uno solo. Con el relato de este evangelista concuerda también el testimonio profético que además él cita cuando añade sin interrupción: Para que se cumpliera la Escritura que dice: «Se repartieron mi ropa y echaron a suerte mi vestido». En efecto, no asevera «sortearon», sino «repartieron»; tampoco asevera «repartieron sorteando», sino que, sin nombrar en absoluto la suerte respecto a la ropa restante, a causa de la túnica, que quedaba, ha dicho después: Y echaron a suerte mi vestido. De este asunto, para demostrar que las palabras de ninguno de los demás son contrarias al relato de Juan, diré lo que él mismo diere, tras haber rechazado primero esa calumnia que puede surgir, como si los evangelistas discrepasen entre sí.

El consenso de los evangelistas

Mateo, en efecto, diciendo: «Dividieron su ropa, echando a suerte», ha querido que se entienda que la túnica, respecto a la que echaron la suerte, tiene también que ver con la entera división de la ropa, evidentemente porque, dividiendo todos los vestidos, entre los que estuvo también aquélla, respecto a esa misma hicieron el sorteo. Tal es también lo que asevera Lucas: Al dividir su ropa, echaron a suertes; en efecto, para que se completase la total división de su ropa entre ellos, al dividir llegaron a la túnica, respecto a la que se hizo el sorteo. Ahora bien, entre decir «al dividir echaron a suertes», cosa que asevera Lucas, o «dividieron echando a suerte», cosa que asevera Mateo, ¿qué diferencia hay sino que, diciendo «suertes» —aun que se encuentra que algunos códices tienen «suerte»,

no «suertes»—, Lucas ha puesto el número plural en vez del singular, locución que no es insólita en las Escrituras Santas?

Así pues, parece que solo Marcos presenta algún problema. En efecto, al decir: «Echando a suerte sobre ella para ver quién se llevaba qué», parece hablar cual si la suerte se hubiera echado sobre toda la ropa, no sobre sola la túnica. Pero también aquí la brevedad produce oscuridad, pues «echando a suerte sobre ella» está dicho como si se dijera «echando a suerte cuando se dividía», lo cual sucedió también, puesto que no sería completa la división de su ropa, si por sorteo no hubiese quedado claro quién se llevaba también la túnica, de forma que, así, la contienda de quienes dividían la ropa se acabase o, más bien, no surgiera ninguna. Lo que, pues, asevera: Para ver quién se llevaba qué, no ha de referirse a toda la ropa, que fue dividida, puesto que esto se asigna a la suerte. En efecto, se echó la suerte para ver quién se llevaba la túnica. Precisamente porque ha omitido narrar de qué clase era y cómo, una vez hechas partes iguales, quedó sola la que para no ser rasgada vino a sorteo, acerca de ella está puesto lo que asevera: Para ver quién se llevaba qué, esto es, quién se la llevaba, cual si todo se dijera así: Dividieron su ropa, echando a suerte sobre ella para ver quién se llevaba la túnica que había escapado a la partes iguales.

El reparto de la ropa de Jesús: su significado

Quizá pregunte alguien qué significan la división de la ropa hecha en tantas partes y ese sorteo de la túnica. El vestido cuatripartito del Señor Jesucristo representó a su Iglesia cuatripartita, o sea, extendida por el entero orbe de las tierras, que consta de cuatro partes, y distribuida igualmente, esto es, concordemente, en todas esas mismas partes. Por eso dice en otro sitio que él va a enviar sus ángeles a reunir desde los cuatro vientos a los elegidos de él, lo cual ¿qué significa, sino desde las cuatro partes del mundo, oriente, occidente, aquilón y mediodía? En cambio, esa túnica sorteada significa la unidad de todas las partes, que el vínculo de la caridad mantiene íntegra. Pues bien, al ir a hablar de la caridad, el Apóstol afirma: «Os muestro un camino descollante», y en otro lugar asevera: «Conocer también la caridad de Cristo, descollante sobre el conocimiento», y asimismo en otro sitio: Ahora bien, sobre todo esto, la caridad, que es vínculo de la perfección. Si, pues, la caridad tiene el más descollante camino y descuello sobre el conocimiento y está preceptuada sobre todo, el vestido que la significa se muestra con razón tejido desde arriba; inconsútil, por otra parte, para que nunca se lo descosa; y llega a uno solo, porque reúne a todos en la unidad. Como en el caso de los apóstoles: aunque también ese número mismo era duodenario,

esto es, cuatripartito de tres en tres, y todos fueron interrogados, solo Pedro respondió: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo», y cual si hubiera recibido él solo la potestad de atar y desatar, se le dice: «Te daré las llaves del reino de los cielos», aunque uno solo dijo aquello por todos y, cual representante de la unidad misma, con todos recibió esto; uno solo por todos, precisamente porque la unidad está en todos. Por ende, también aquí, tras haber dicho «tejida desde arriba», ha añadido «por todo». Si aplicamos esto a lo que significa, de ello no está privado nadie respecto al cual se sabe que pertenece al todo; a consecuencia de este todo, como indica la lengua griega, se denomina católica a la Iglesia. Por otra parte, a propósito del sorteo, ¿qué decir sino que se hace valer la gracia de Dios? En efecto, puesto que el sorteo agradó a todos, en uno solo llegó a todos la túnica así: porque también la gracia de Dios ha llegado a todos en la unidad; además, cuando se echa la suerte, ésta se amolda no a la persona o méritos de cada cual, sino al oculto juicio de Dios.

La cruz y su misterio

Porque esto sucedió mediante malos, o sea, no mediante esos que siguieron a Cristo, sino mediante quienes le persiguieron, nadie diga, por eso, que no significó algo bueno. En efecto, ¿qué vamos a decir de la cruz misma, la cual ciertamente fue hecha y asestada a Cristo similarmente por enemigos e impíos? Y empero se entiende con razón que ella significa lo que el Apóstol asevera: Cuál es la anchura y largura y altura y profundidad. Efectivamente, en el palo transversal, en que se extienden las manos del colgado, es ancha y, en razón de la anchura de la caridad, significa las buenas obras. Donde se fijan el dorso y los pies, desde el palo transversal hasta el suelo, es larga y significa la perseverancia hasta el final durante la largura del tiempo. Es alta en el extremo en que el palo transversal está sobrepasado hacia arriba y, porque todo lo que se hace con anchura y largura —bien y perseverantemente— ha de hacerse por causa de la altura de los premios divinos, significa la meta suprema a que se ordenan todas las obras. Es profunda en esa parte con que se fija al suelo; en efecto, ahí está oculta, no puede verse, pero de ahí se levanta todo lo aparente y saliente de ella, como nuestros bienes, todos sin excepción, proceden de la profundidad de la gracia de Dios, que no puede ser comprendida ni juzgada.

Pero aunque la cruz de Cristo signifique sólo esto que el Apóstol asevera: Pues bien, quienes son de Jesucristo crucificaron su carne con las pasiones y los deseos; ¡qué gran bien es! Sin embargo, porque el enemigo, esto es, el espíritu malo, ha hecho la cruz de Cristo, el espíritu bueno no hace aquello, sino al ansiar con-

tra la carne. Por último, la enseña de Cristo que todos conocen, ¿cuál es sino la cruz de Cristo? Si esta enseña no se aplica a las frentes de los creyentes o al agua misma en virtud de la cual son regenerados o al aceite con que el crisma los unge o al sacrificio que los alimenta, nada de esto se realiza según las reglas. ¿Cómo, pues, mediante esto que hacen los malos no se significa nada bueno, ya que mediante la cruz de Cristo, que hicieron los malos, en la celebración de sus sacramentos se nos sella todo bien?

Pero basta ya con lo dicho. En cambio, en otra ocasión veremos lo que sigue, exponiéndolo según Dios ayudará.

Tratado 119

Comentario a Jn 19,24-30

Jesús en la cruz: llegó la hora

Veamos qué narra a continuación Juan Evangelista después que, crucificado el Señor, se concluyó también la división de su ropa, echada la suerte. Afirma: Y, por cierto, los soldados hicieron esto. Por otra parte, junto a la cruz de Jesús estaban en pie su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Como, pues, Jesús hubiese visto a la madre y en pie al discípulo al que quería, dice a su madre: «Mujer, he ahí a tu hijo»; después dice al discípulo: «He ahí a tu madre». Y desde esa hora la acogió el discípulo entre sus cosas. Ésta es evidentemente esa hora acerca de la que Jesús, al ir a convertir en vino el agua, había dicho a su madre: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora. Así pues, había predicho esta hora que entonces no había llegado aún, en la que al ir él a morir debería reconocer a esa de quien había nacido mortalmente. Entonces, pues, al ir a hacer cosas divinas, rechazaba cual a una desconocida a la madre no de su divinidad, sino de su debilidad; ahora, en cambio, al padecer ya cosas humanas, con afecto humano encomendaba a esa de quien se había hecho hombre. En efecto, quien había creado a María, se daba entonces a conocer por su virtud; ahora, en cambio, lo que María había parido pendía en la cruz.

El ejemplo de Jesús con su madre

Por tanto, se insinúa un pasaje moral. El Preceptor bueno hace lo que aconseja hacer y, cual si el madero aquel donde estaban fijos los miembros del moribundo fuese también la cátedra del Maestro docente, con su ejemplo ha instruido a los suyos: que los hijos piadosos consagren su cuidado a los padres. De esta sana doctrina había aprendido el apóstol Pablo lo que enseñaba cuando decía: Ahora bien, si alguien no mira por los suyos y máxime por los de la familia, ha negado

la fe y es peor que un descreído. Pues bien, ¿qué hay tan familiar para cada uno como los padres para los hijos o para los padres los hijos? Así pues, un ejemplo del salubérrimo precepto lo establecía a partir de sí mismo el Maestro mismo de los santos, cuando en vez de sí procuraba en cierto modo otro hijo no a la sierva que como Dios había creado y a la que regía, sino a la madre de la que como hombre había sido creado y a la que abandonaba. De hecho, lo que sigue indica por qué hizo esto. En efecto, el evangelista asevera: «Y desde esa hora la acogió el discípulo entre sus cosas», al hablar de sí mismo, pues así suele él recordar que le quería Jesús, el cual quería, evidentemente, a todos, pero a ese mismo le quería más que a los demás y más familiarmente, hasta el punto de hacerlo recostarse sobre su pecho durante el convite, para de este modo hacer valer más profundamente, creo, la excelencia divina de este evangelio que mediante él iba a ser predicado.

Cómo y dónde acogió Juan a María

Pero ¿entre qué cosas suyas acogió Juan a la madre del Señor? En efecto, era de esos que le dijeron: He ahí que nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido. Pero allí había oído también: Cualquiera que a causa de mí haya dejado esas cosas, en esta era recibirá cien veces otro tanto. Centuplicadamente, pues, tenía aquel discípulo mucho más de lo que había dejado, entre lo cual recogiera a la madre de ese que se lo había regalado. Pero el bienaventurado Juan había recibido el céntuplo en esa sociedad donde, como está escrito en Hechos de los Apóstoles, nadie llamaba suyo a nada, sino que ellos tenían todo en común, pues los apóstoles eran así: cual quienes nada tienen, mas poseen todo. ¿Cómo, pues, donde nadie llamaba suyo a nada, el discípulo y siervo acogió entre sus cosas a la madre de su Maestro y Señor? ¿Acaso porque poco después se lee en idéntico libro: «Pues cuantos eran poseedores de fincas o de casas, tras venderlas, traían y a los pies de los apóstoles ponían los importes de ellas; ahora bien, se distribuía a cada uno según tenía necesidad», ha de entenderse que eso de que tenía necesidad se le había distribuido a este discípulo, de forma que también se pusiera allí la porción de la bienaventurada María cual madre suya, y lo que está dicho: Desde esa hora la recogió el discípulo entre sus cosas, debemos, más bien, entenderlo de forma que a su cuidado atañía cualquier cosa que era necesaria para ella? La recogió, pues, entre sus cosas: no entre sus fincas, que no

poseía ninguna propia, sino entre sus deberes, que cuidaba de cumplir mediante la propia gestión.

Dadme lo que sois

A continuación añade: Después, Jesús, sabedor de que todo se ha cumplido, para que se cumpliera la Escritura dice: «Tengo sed». Estaba, pues, puesta una vasija llena de vinagre; ellos, por su parte, tras colocar alrededor de una rama de hisopo una esponja llena de vinagre, la ofrecieron a su boca. Como, pues, hubiese Jesús tomado el vinagre, dijo: «Está cumplido». E inclinada la cabeza, entregó el espíritu. ¿Quién puede disponer lo que hace, como dispuso este hombre lo que padeció? Pero hombre, Mediador de Dios y hombres; hombre acerca de quien, porque los hombres mediante los que esto se hacía no reconocían al Hombre Dios, se lee predicho: Y es hombre, mas ¿quién le reconocerá? Efectivamente, como hombre se mostraba quien como Dios se ocultaba; padecía todo esto quien se mostraba y, en persona, disponía todo esto el mismo que se ocultaba. Vio, pues, que se ha cumplido todo lo que era preciso que sucediera antes que tomase el vinagre y entregase el espíritu y, para que se cumpliera también esto que la Escritura había predicho: Y en mi sed me abrevaron con vinagre, afirma: «Tengo sed», cual si dijera: «Habéis hecho menos que esto; dad lo que sois». En efecto, los judíos mismos eran vinagre, pues se habían degenerado del vino de los patriarcas y profetas y, cual si se tratase de una vasija llena, henchidos de la iniquidad de este mundo, tenían el corazón como una esponja, fraudulento por escondrijos en cierto modo cavernosos y tortuosos. Por otra parte, porque el hisopo alrededor del cual pusieron una esponja llena de vinagre es una planta baja y purga el pecho, lo interpretamos convenientemente como la condición baja de Cristo mismo a la que cercaron y sobre la que supusieron triunfar. Por ende, en un salmo está aquello: Me asperjarás con hisopo y seré limpiado. Efectivamente, la condición baja de Cristo nos purifica porque, evidentemente, si no se hubiese rebajado a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte de cruz, no se habría derramado su sangre para remisión de los pecados, esto es, para purificación nuestra.

Sólo quien padecía la pasión sabía su significado

No inquiete cómo la esponja pudo ser acercada a la boca de ese que en la cruz había sido levantado de la tierra. En efecto, como se lee en otros evangelistas —cosa que éste ha pasado por alto—, mediante una caña se hizo que tal bebida fuese alzada a lo alto de la cruz en una esponja. Pues bien, mediante la caña se

significaba la Escritura que este hecho cumplía. En efecto, como se habla de lengua griega o latina u otra cualquiera para significar el sonido que la lengua emite, así puede llamarse caña a la letra que mediante una caña se escribe. Pero muy usualmente llamamos lenguas a los sonidos de la voz humana significantes; en cambio, llamar caña a la Escritura es tanto más figurado místicamente cuanto es menos usual. Hacía esas cosas un pueblo impío, padecía esas cosas el misericordioso Cristo. Quien las hacía desconocía qué hacía; en cambio, quien las padecía no sólo sabía qué se hacía y por qué se hacía, sino que ese mismo incluso obraba bien mediante quienes obraban mal.

¿Quién puede morir cuando quiere?

Como, pues, hubiese Jesús tomado el vinagre, dijo: Está cumplido. ¿Qué sino lo que la profecía había predicho tanto antes? Después, porque no había quedado nada que aún fuese preciso que se hiciera antes de morir, realizado lo que aguardaba que se realizase, cual ese que tenía potestad para deponer su alma y para tomarla de nuevo, inclinada la cabeza, entregó el espíritu¹⁶. ¿Quién duerme cuando quisiere, como Jesús murió cuando quiso? ¿Quién depone su vestido cuando quisiere, como él se desnudó de la carne cuando quiso? ¿Quién se va cuando quisiere, como él falleció cuando quiso? ¿Cuán de esperar o de temer es la potestad de quien juzgará, si la del moribundo se mostró tan grande!

El significado de la Pascua

Sermón 220

Sabemos, hermanos, y retenemos con fe inquebrantable que Cristo murió una sola vez por nosotros; el justo por los pecadores, el señor por los siervos, el libre por los cautivos, el médico por los enfermos, el dichoso por los desdichados, el rico por los pobres, el que los busca por los perdidos, el redentor por los vendidos, el pastor por el rebaño y, lo más maravilloso de todo, el creador por la criatura. Mantuvo lo que es desde siempre, entregó lo que en él había sido hecho; Dios oculto, hombre visible; dador de vida por su poder, entregado a la muerte por su debilidad; inmutable en su divinidad, pasible en su carne. Como dice el Apóstol: Quien fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Sabéis perfectamente que eso tuvo lugar una sola vez. Con todo, como si tuviera lugar más veces, esta fiesta solemne repite cada cierto tiempo lo que la verdad proclama, mediante tantas palabras de la Escritura, que se dio una sola vez. Pero no se contradicen la realidad y la solemnidad, como si ésta mintiese y aquélla dijese la verdad. Lo que la realidad indica que tuvo lugar una sola vez, eso mismo renueva la solemnidad para que lo celebren con repetida frecuencia los corazones piadosos. La realidad descubre lo que sucedió tal como sucedió; la solemnidad, en cambio, no permite que se olviden ni siquiera las cosas pasadas, no realizándolas, sino celebrándolas. Así, pues, Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado. Ciertamente murió una sola vez él que ya no muere y sobre quien la muerte ya no tiene dominio⁴. Por tanto, según proclama la realidad, decimos que la Pascua tuvo lugar una sola vez y que no va a volver a darse; según proclama la solemnidad, en cambio, cada año decimos que la Pascua ha de llegar. Así pienso que ha de entenderse lo que está escrito en el salmo: El pensamiento del hombre te confesará y el resto del pensamiento te celebrará un día festivo. Si el pensamiento no confiase a la memoria lo que se refiere a las cosas realizadas en el tiempo, no hallaría ni rastro de ellas después de realizadas. Por eso, el pensamiento del hombre, al contemplar la verdad, confiesa al Señor; en cambio, el

resto de su pensamiento que se encuentra en la memoria no cesa de celebrar en las fechas establecidas las solemnidades para que el pensamiento no sea tachado de ingrato. A esto se refiere la solemnidad tan resplandeciente de esta noche, en la que, manteniéndonos en vela, en cierto modo actuamos, mediante el resto del pensamiento, la resurrección del Señor, que, mediante el pensamiento, confesamos con mayor verdad que tuvo lugar una sola vez. A quienes hizo doctos la realidad anunciada, no debe hacerlos irreligiosos el desertar de la solemnidad. Esta solemnidad hizo resplandecer en el mundo entero a esta noche; esta solemnidad manifiesta la multitud de pueblos cristianos; esta solemnidad confunde las tinieblas de los judíos y derriba los ídolos de los paganos.

El día y la noche

Sermón 221

Con su resurrección, nuestro Señor Jesucristo convirtió en glorioso el día que su muerte había hecho luctuoso. Por eso, trayendo solemnemente a la memoria ambos momentos, permanezcamos en vela recordando su muerte y alegrémonos acogiendo su resurrección. Ésta es nuestra fiesta anual y nuestra Pascua; no ya en figura, como lo fue para el pueblo antiguo, mediante el degüello de un cordero, sino realizada, como para el pueblo nuevo, mediante el sacrificio del Salvador, pues Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado, y lo antiguo ha pasado, y he aquí que todo ha sido hecho nuevo. Si lloramos es sólo porque nos oprime el peso de nuestros pecados y si nos alegramos es porque nos ha justificado su gracia, pues fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Llorando lo primero y gozándonos de lo segundo, estamos llenos de alegría. No dejamos que pase inadvertido con olvido ingrato, sino que celebramos con agradecido recuerdo lo que por nuestra causa y en beneficio nuestro tuvo lugar: tanto el acontecimiento triste como el anticipo gozoso. Permanezcamos en vela, pues, amadísimos, puesto que la sepultura de Cristo se prolongó hasta esta noche, para que en esta misma noche tuviera lugar la resurrección de la carne que entonces, cuando estaba en el madero, fue objeto de burlas y ahora es adorada en cielo y tierra.

Se entiende, en efecto, que esta noche pertenece al día siguiente que consideramos como día del Señor. Ciertamente debía resucitar en las horas de la noche, porque con su resurrección ha iluminado también nuestras tinieblas y no en vano se le había cantado con tanta anticipación: Tú iluminarás mi lámpara, Señor; Dios mío, tú iluminarás mis tinieblas.

También nuestra devoción hace honor a tan gran misterio, para que como nuestra fe, corroborada por su resurrección, está ya despierta, así también esta no-

che, iluminada por nuestra vigilia, resplandezca tanto que, junto con la Iglesia extendida por todo el orbe de la tierra, hoy podamos pensar, como es debido, en no ser hallados en la noche. Para tantos y tantos pueblos que, bajo el nombre de Cristo, congregó por doquier esta célebre solemnidad se puso el sol, pero sin dejar de ser de día, pues la luz de la tierra tomó el relevo de la luz del cielo.

No obstante, si alguien busca a qué debe su importancia esta nuestra vigilia, puede hallar las causas adecuadas y responder con fiabilidad, pues el que nos otorgó la gloria de su nombre fue quien iluminó esta noche, y aquel a quien decimos: Tú iluminarás mis tinieblas concede la luz a nuestros corazones para que, del mismo modo que, con deleite para los ojos, vemos el esplendor de estas lámparas, así veamos también, iluminada la mente, el sentido de esta noche tan brillante.

¿Por qué, pues, se mantienen en vela los cristianos en esta fiesta anual? Ésta es nuestra vigilia por excelencia, y nuestro pensamiento no suele volar a ninguna otra solemnidad distinta de ésta cuando, movidos por el deseo, preguntamos o decimos: -¿Cuándo es la vigilia? -Dentro de tantos días, se responde, como si, en comparación de ella, las demás no hubiera que tenerlas por vigilia. Ciertamente, el Apóstol exhortó a la Iglesia a ser asidua no sólo en los ayunos, sino también en las vigilia. Hablando de sí mismo dice: con frecuencia en ayunos, con frecuencia en vigilia. Pero la vigilia de esta noche destaca tanto que puede reivindicar como propio el nombre que es común a todas las demás. Así, pues, diré algo -lo que el Señor me conceda- primero sobre la vigilia en general y luego sobre la vigilia específica de hoy.

En aquella vida por la consecución de cuyo descanso todos nos fatigamos, vida que nos promete la verdad para después de la muerte de este cuerpo o también para el final de este mundo, en la resurrección, nunca hemos de dormir, como tampoco nunca moriremos. ¿Qué otra cosa es el sueño sino una muerte cotidiana que ni del todo saca al hombre de aquí ni le retiene por largo tiempo? ¿Y qué otra cosa es la muerte sino un sueño largo y muy profundo, del que el hombre es despertado por Dios? Por tanto, donde no llega muerte ninguna, tampoco llega el sueño, su imagen. En consecuencia, sólo los mortales experimentan el sueño. No es de este tipo el descanso de los ángeles; dado que viven perpetuamente, ellos nunca reparan su salud con el sueño. Como allí está la vida misma, allí existe la vigilia sin fin. Allí la vida no es otra cosa que estar en vela, y estar en vela no es otra cosa que vivir. Nosotros, en cambio, mientras estamos en este cuerpo que se corrompe y agobia al alma, puesto que no podemos vivir si no reparamos

las fuerzas con el sueño, interrumpimos la vida con la imagen de la muerte para poder vivir, al menos, a intervalos. Por tanto, quien asidua y castamente y sin dañar a nadie acude a las vigili­as, sin duda alguna imita la vida de los ángeles -pues, en la medida en que la debilidad de esta carne se convierte para ellos en un peso terreno, los deseos celestiales se encuentran sofocados-, combatiendo con una vigilia más larga contra ese peso portador de muerte, para adquirirle una recompensa en la vida eterna. Está en desacuerdo consigo mismo quien desea vivir por siempre y no quiere prolongar sus vigili­as; desea que desaparezca totalmente la muerte y no quiere que disminuya su imagen. Ésta es la causa, éste el motivo por el que el cristiano tiene que ejercitar su mente, manteniéndola en vela, con mayor frecuencia.

Ahora ya, hermanos, mientras recordamos otras pocas cosas, pongen vuestra atención en la vigilia especial de esta noche. He dicho por qué debemos restar tiempo al sueño y añadirlo a las vigili­as con mayor frecuencia; ahora voy a decir por qué permanecemos en vela esta noche con tanta solemnidad.

Ningún cristiano pone en duda que Cristo, el Señor, resucitó de entre los muertos al tercer día. El santo evangelio atestigua que el acontecimiento tuvo lugar esta noche. Está claro que el día entero comienza a contarse desde la noche anterior, aunque no se ajuste al orden de días mencionado en el Génesis, no obstante que también allí las tinieblas han precedido al día, pues las tinieblas se cernían sobre el abismo cuando dijo Dios: «Hágase la luz, y la luz fue hecha». Pero como aquellas tinieblas aún no eran la noche, tampoco había días. En efecto, hizo Dios la división entre la luz y las tinieblas, y primeramente llamó día a la luz, y luego noche a las tinieblas, y fue mencionado como un solo día el espacio desde que se hizo la luz hasta la mañana siguiente. Es evidente que aquellos días comenzaron con la luz y, pasada la noche, duraban cada uno hasta la mañana. Pero, después que el hombre creado por la luz de la justicia cayó en las tinieblas del pecado, de las que lo libró la gracia de Cristo, el hecho es que contamos los días a partir de las noches, porque nuestro esfuerzo no se dirige a pasar de la luz a las tinieblas, sino de las tinieblas a la luz, cosa que esperamos conseguir con la ayuda del Señor. Así dice también el Apóstol: La noche ha pasado, se ha acercado el día; despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Por tanto, el día de la pasión del Señor, día en que fue crucificado, seguía a su propia noche ya pasada, y por eso se cerró y concluyó en la preparación de la pascua, que los judíos llaman también «cena pura», y la observancia del sábado comenzaba al inicio de esta noche. En consecuencia, el sábado, que comenzó con su propia noche, concluyó en la tarde de la noche siguiente, que es ya el

comienzo del día del Señor, porque el Señor lo hizo sagrado con la gloria de su resurrección. Así, pues, en esta solemnidad celebramos ahora el recuerdo de la noche que daba comienzo al día del Señor y pasamos en vela la noche en que el Señor resucitó. La vida de que poco antes hablaba, en la que no habrá ni muerte ni sueño, la incoó él para nosotros en su carne, que de tal forma resucitó de entre los muertos que ya no muere ni la muerte tiene dominio sobre ella.

Quienes le amaban llegaron a su sepulcro para buscar su cuerpo ya de mañana, y no lo encontraron, pero recibieron un aviso de parte de los ángeles de que ya había resucitado; resulta claro, por tanto, que había resucitado aquella misma noche, cuyo término fue aquel amanecer. En consecuencia, el resucitado, a quien hemos cantado en esta vigilia un poco más larga, nos concederá reinar con él en la vida sin fin. Y si, por casualidad, en estas horas que pasamos en vela todavía se hallaba su cuerpo en el sepulcro y aún no había resucitado, no por eso nos comportamos incongruentemente al hacerlo así, pues quien murió para que nosotros tuviéramos vida, se durmió para que nos mantuviésemos en vela. Amén.



agustinos
recoletos

agustinosrecoletos.com